

CORRESPONDENCIA

CHINA

Suntuosas fiestas, en Macao, en honor de los Mártires últimamente beatificados

El Rdo. P. Fr. Francisco García, de la Orden de Predicadores, escribe desde Hong-Kong el 13 de Diciembre de 1893:

Las amistosas y bien fundadas relaciones que siempre han existido entre el celoso é ilustrado señor Medeiros, dignísimo obispo de Macao, Timor y dependencias, y los Padres de esta Procuración de nuestras Misiones del Extremo Oriente, no sólo se han estrechado más y más cada día, sino que, por decirlo así, han llegado á su mayor apogeo con la llegada de los sabios y virtuosos Padres de la Compañía de Jesús (de la Provincia de Portugal), que en este año tomaron definitivamente la dirección moral y escolástica del Seminario de San José en la sobredicha colonia portuguesa.

La circunstancia de haber sido beatificados nuestros Mártires de China casi al mismo tiempo que los gloriosos Mártires de Salsete (cerca de Goa) y el Beato Antonio Balduino, de la Compañía de Jesús, hizo que germinase la idea en nuestra mente de celebrar juntos un solemne triduo en honor de tan esclarecidos hermanos en la vecina colonia portuguesa, los días 24, 25 y 26 de Noviembre último.

Los Ilmos. Sres. don Fr. Wenceslao Oñate y D. Fr. Maximino Velasco, celosísimos obispos de nuestras Misiones del Tung-king, que ya de antemano se habían ofrecido con sumo gusto á oficiar en dichas solemnidades, llegaron de Manila con dirección á sus vicariatos el día 20, y el día 23 partieron para Macao acompañados del P. Juan Gonsalves, S. J., rector del Seminario, del P. Nicasio Arellano, misionero del Tung-king Oriental, y de un servidor, llegando sin novedad á las cinco y media de la tarde. Al atracar al muelle el vapor «Honam» los alumnos del Seminario nos dieron una agradable sorpresa tocando con maestría la Marcha Real española, subiendo poco después á bordo para saludar á SS. SS. Ilmas. el ilustrísimo señor Vicario general de la diócesis, un ayudante del señor Goberna-

dor y numerosas Comisiones religiosas, civiles y militares.

Los señores Obispos acompañados de una numerosa comitiva se dirigieron al Seminario de San José, entrando por la iglesia, en donde oraron entre el alegre repique de las campanas, las notas del versículo *Benedictus qui venit*, etc., ejecutado por la capilla, y el estruendo de veintiún morteros disparados en honor de los Prelados dominicanos, los cuales después de admirar la profusa y elegante decoración del templo y los excelentes cuadros de los Mártires y del Beato Balduino, se retiraron á sus habitaciones.

Al día siguiente, primero del solemne triduo, á las cinco de la mañana un repique general de campanas y los alegres acordes de la música anunciaron al religioso

pueblo macaense el principio de la fiesta que, según se había señalado, sería en honor de los Mártires de Salsete, de la Compañía de Jesús. Ofició de pontifical en este día el Ilmo. Sr. Oñate, vicario apostólico del Tung-king Central, ayudado de sacerdotes indígenas de la India portuguesa, en donde los nuevos Santos derramaron su generosa sangre, haciendo el panegírico de tan esclarecidos hijos de San Ignacio de Loyola el Rdo. P. Fr. Francisco García, O. P., vicedirector de Hong-Kong. Por la tarde, á las cuatro hubo solemnes Vísperas, oficiando el Sr. Arcediano de la Santa Iglesia Catedral D. Vicente Rodríguez, terminando con la bendición del Santísimo.

El día 25 se consagró á honrar al Beato Antonio Balduino, confesor, de la Compañía de Jesús,

celebrando el Ilmo. Sr. D. Fr. Maximino Velasco, obispo coadjutor con futura sucesión del Tung-king Septentrional, asistido de los señores Canónigos de la Catedral macaense. Al Evangelio subió al púlpito el Sr. Concepción Borges, vicario general, quien estaba encargado del sermón del nuevo Beato. Por la tarde hubo solemnes Vísperas y Bendición con el Santísimo, como el día anterior.

Mientras estábamos en esta función fuimos agradablemente sorprendidos con la llegada del Rdo. P. fray Evaristo Torres, procurador de nuestras Misiones, de dos Padres italianos de la Misión de Hong-Kong y de los PP. Roseille y B. Martinet, superior de Nazah y procurador respectivamente de los misioneros *ad exte-*



ILMO. SIMÓN MILINOVICH, de los Menores Observantes, arzobispo de Antivari, en Montenegro
(Pag. 166)

ros del Seminario de París, los cuales venían de Hong-Kong para las fiestas del domingo.

El día 26, último del triduo, se dedicó á nuestros Mártires de Fo-Kien. A las nueve y media de la mañana entraba por la puerta principal de la iglesia el ilustrísimo Sr. D. Fr. Wenceslao Oñate, precedido de los alumnos del Seminario, á los majestuosos acordes de la Marcha Real española. El templo ofrecía un golpe de vista deslumbrador, produciendo un efecto singular los escudos de nuestra Orden y de la Compañía de Jesús, que entre ricas cortinas de escarlata, recamadas de oro, y sostenidos por hermosísimos ángeles, aparecían en el cimborio, sobre los arcos torales. Ofició de pontifical el sobredicho Ilmo. Sr. Oñate, siendo presbíteros asistentes los señores canónigos dignidades de la Santa Iglesia Catedral, y terminado el Evangelio ocupó la cátedra sagrada el Rdo. P. Francisco J. de Cunha, de la Compañía de Jesús.

Las primeras Autoridades de Macao, que habían asistido á la Misa en siales de preferencia, fueron convidadas por los Padres Jesuitas para acompañar en la mesa á los señores Obispos de Tung-king. La comida se dió en el comedor de los alumnos, adornado de antemano. Al final el Sr. Lello, gobernador interino, inició los brindis con un discursito en honor de los señores Obispos del Tung-king, contestándole el Ilmo. Sr. Oñate; terminando la mesa con un verdadero homenaje poético-musical dado por los alumnos á tan ilustres personajes.

Por la tarde hubo exposición del Santísimo, Visperas solemnísimas, procesión y *Te Deum* en acción de gracias á Dios Nuestro Señor, ya que tan pródigo ha sido en darnos tan excepcionales testigos de la verdad.

Digna conclusión de tan solemnes fiestas fué la hermosa iluminación á la *veneciana* y las vistosas piezas píricas, con que los alumnos internos y externos coronaron su juvenil entusiasmo en honor de los nuevos Santos.

¡Loor, pues, á los ilustres hijos de San Ignacio de Loyola, que tan gratas muestras de cariño dieron á los humildes hijos de Santo Domingo, á la vez que nosotros les felicitamos por el feliz éxito de todas las fiestas, que tan hondas y dulces impresiones han dejado en nuestros corazones! ¡Que Dios Nuestro Señor nos conceda á todos la gracia de imitar las virtudes de nuestros esclarecidos Mártires; para que consigamos en su compañía celebrar juntos las divinas y eternas alabanzas! Esta era la despedida que todos nos dimos al separarnos.

FO-KIEN NORTE (China)

Persecución é intrigas de un perverso gentil contra la Religión cristiana.—Intervención diabólica.—Trabajos del Padre misionero.—Sus frutos.

De una extensa carta escrita en Longuon el 12 de Junio de 1893 por el Rdo. P. Félix Cuadrado, de la Orden de Predicadores, extractamos los siguientes interesantísimos párrafos:

EN catorce años que se predica la Religión en el pueblo de Au-Tuo (Longuon), nunca ha cesado un gentil, llamado Len-Len, de perseguirla, maltratando por medio de sus compañeros de maldad á los

cristianos y catecúmenos; unas veces robándoles las alhajas y haciendas, otras recurriendo á los mandarines con mil imposturas y falsas acusaciones, y otras valiéndose de encantamientos y supersticiones diabólicas, aterrando con espantosa tormenta las medrosas almas cristianas, que débiles aún en la fe, solo les queda el consuelo de clamar á lo alto y buscar el remedio y protección en el Padre misionero.

El P. Pablo Chien, indígena, fué el primero que hubo de combatir con el perverso Len-Len: primeramente por los atropellos que cometiera incautándose de una casita adherente á la que está detrás de la iglesia, no permitiendo que el verdadero dueño Kau-kau la usase; asolando arroz, legumbres, té, etc., y hasta en presencia del Padre misionero destrozó los serones, aventó el arroz y se desmandó en blasfemias contra los cristianos: viendo tanta audacia, escarnio y siurazón acusóle dicho Padre al mandarín, quien le hizo restituir todos los daños y declaró ser legítima posesión del cristiano la casita.

El malvado, viéndose así humillado, concibió odio irreconciliable á los cristianos y al Padre misionero, pues sólo éste había podido rebajar su soberbia, y humillarle ante muchos pueblos de quienes recibía continuo homenaje y regalos valiosos en testimonio de sus muchas maldades y vejaciones. A tanto había llegado su ferina saña, que el vulgo obedecía ciego su voz por no verse envuelto en sus garras; de aquí el famoso nombre con que aun al presente todos le llaman: El Tigre de Au-Tuo.

Disminuyendo de día en día su prestigio, y viéndose despreciado por los mismos que antes le temían y regalaban, carcomía sus entrañas la ira. Así pasó un año entero, hasta que llegó la luna ó mes en que el Padre misionero debía hacer la visita anual de aquella nueva cristiandad, más para instruir y animar á los nacientes cristianos y exhortarles á la perseverancia, que para administrar los Sacramentos, pues aun no había uno solo bautizado en todo el pueblo.

Sabedor, pues, Len-Len de la llegada y presencia del ministro de la Religión, no pudiendo contener más sus odios, fué su inmundada boca como cráter que vomitó la inmensa lava de rencor y cólera que allá en su pecho recogido había... Sus más allegados, su misma mujer é hijos tapábanse los oídos por no oír tan asquerosas y sucias imprecaciones.

Con esto creyó vengarse del Padre y cristianos el blasfemo Len-Len; pero se equivocó, pues aunque el misionero calló por prudencia, y no contestó por entonces á tales obscenidades, acusóle después al mandarín de tanta insolencia y del robo que días antes hiciera á los cristianos ó catecúmenos en cuya casa se aposentó el Padre.

No le fué esta vez al malvado tan bien como la primera; pues aunque usó de mil astucias, puso en movimiento todos sus compañeros de maldad y se plantó en la cabeza un encarnado *gorro*, que conseguido había en premio de su despotismo y latrocinios; el mandarín, sin embargo, después de un largo interrogatorio, arreóle seiscientos palos y le puso al cuello una pesada canga, la que llevó por las calles públicas más de tres meses con no poca molestia y harta vergüenza, viendo

y oyendo los escarnios, mofas é irrisiones de sus mismos parientes y vecinos. Pero está escrito, que «el impío, cuando llega al profundo, todo lo desprecia;» así este malvado, aun con esto no se reconoció: antes concibió más odio y juró eterno exterminio del nombre cristiano y la ruina de sus mismos parientes y compatriotas.

He oído contar á los viejos y á los jóvenes los atropellos, latrocinios, raterías, homicidios y destrozos que causara en la comarca desde aquel día. Yo á veces he pensado y dicho: ¿Cómo la tierra sostiene ese monstruo de iniquidad? ¡Los juicios de Dios son inescrutables; no dudo que le llegará el tremendo día! Entre tanto, adoremos los eternos juicios del Señor, que bien sabe y puede convertir en pro de su honra y gloria todas las maldades y falsas maquinaciones de los impíos, como ha sucedido y diariamente sucede con este furibundo Tigre de mi pueblo. Llámole pueblo mío, porque yo le he dado vida en Nuestro Señor Jesucristo con no pocas angustias y dolores.

Aunque el famoso Tigre se saciaba en la sangre y abatimiento de sus convecinos los gentiles; no olvidó, sin embargo, las lecciones y batidas que el Padre misionero le diera: por esto cuidábase, ante todo, de vear abiertamente á los cristianos, acordándose, sin duda, de lo magullada que la canga dejara su soberbia cerviz.

Sucedió, pues, por entonces que el P. Pablo Chien fué por orden superior trasladado de distrito, dejando en Au-Tuo sólo unos cuantos niños bautizados. El muy Rdo. P. Fr. Alejandro Cañal fué determinado su sucesor, quién, como celoso misionero, no abandonó un momento el riego y vigilancia de aquella naciente viña. Dicho P. Cañal hizo mucho fruto y provecho en los catecúmenos, que pronto tomaron gran cariño, ya por sus buenas cualidades, ya por ser de un mismo apellido chino Tien, pues sabido es que en China, ser de un mismo apellido, es ser gente de casa é íntimo parentesco.

Creyó el astuto Len-Len ver en esta mudanza de misionero una buena ocasión para dar salida á su represado encono.

—Pues aunque el extranjerillo (europeo), se decía, tiene chapecas, pero es nuevo, y no está enterado del pueblo, ni sabe quién soy yo.

Así pensaba, y allá en su negro pecho resolvía volver á la lucha y acabar si pudiera con los cristianos, aunque antes debía tantear el terreno y averiguar qué cosa eran los que llamaba extranjerillos ó europeos: al efecto sedujo á un farsante maestro de protestantes que en el pueblo se daba aires de literato, é ínfulas de gran maestro.

Apenas los protestantes consiguen algunos prosélitos, por pocos que sean, luego levantan su pintoresca capilla. En el pueblo de Au-Tuo habían ya conseguido por aquel tiempo unas cuarenta familias, de aquí que ya tenían fijo su maestro con su correspondiente *maestra*: éstos, por falta de capilla que ya intentaban levantar, vivían en la casa de los catecúmenos cristianos, ocupando sólo tres habitaciones arrendadas á uno de los hermanos que por sus razones vivía ausente: en estas habitaciones tenían sus reuniones los dichos maes-

tros, y á ellas acudía el satánico Len-Len, pues aunque jamás pensó ser protestante, tampoco les hace guerra, y bien sabe él por qué. Tales huéspedes pasaban las noches de *claro* en *claro*, y los días de *turbio* en *turbio*; por esto los cristianos, de profesión labradores, que esperan el descanso de la noche, miraban muy mal y se quejaban de tan prolongadas y nocturnas reuniones, pues con sus risotadas y no buenas acciones interrumpían el silencio y nadie podía conciliar el sueño; de modo que los dueños se vieron en la precisión de avisar al maestro y suplicarle no pasasen así las noches, de lo contrario no podría seguir el arriendo de la casa. A tan justificada súplica contestó el maestro con altiva insolencia diciendo, que «si no podían dormir se marchasen á otra parte, pues él era el único amo y señor de la casa.» Los catecúmenos alegaron sus derechos, y le dijeron que para el año próximo buscarse otra casa: era la 8.^a luna.

Aprovechó esta ocasión el astuto Len-Len, y aconsejó al protestante que acusase á los cristianos, quien al efecto obedeció y acusó de que no le permitían seguir sus cultos aun en su propia casa, la que alegaba ser suya.

Ignoraban los cristianos estas falsas acusaciones, hasta que de la noche á la mañana se encontraron con los esbirros en la casa: ¡nueva sorpresa! ¡Siendo nuestra la casa nos quieren echar de ella! ¿Qué hacer en este conflicto? La resolución de siempre: consultar al Padre.

Enterado el P. Cañal de lo que pasaba, y viendo la sinrazón de los protestantes, aconsejó á los cristianos una contra-acusación, la cual efectuada, el mismo se presentó al mandarín exponiendo la verdad de los hechos y pidiendo se hiciera justicia á los cristianos contra tan violenta usurpación. Atendióle el mandarín, y llamando á juicio al maestro, le hizo ver su mal proceder y le obligó á salir de la casa. Buscó después asilo entre sus clientes..., nadie le respondió..., todos se habían dormido...; el *pastor* abandonó sus ovejas, y sus ovejas se refugiaron en el verdadero rebaño de Jesucristo, es decir, abandonaron el Protestantismo y se hicieron adoradores del verdadero Dios. Mas no paró aquí el *gran maestro*, sino que los mismos ministros protestantes le excomulgaron y borraron su nombre de la lista luterana... y hoy mismo, yo lo he visto mendigar, lleno de andrajos y miseria, un poco de camote ó morisqueta de puerta en puerta. Y el Tigre sangriento, ¿cómo salió de la emboscada? Salió como había entrado; con mucha cautela: vió de lejos el cielo encapotado; vislumbró la tormenta que se le venía encima, recogió velas y esperó en silencio.

Pasadas estas borrascas apareció el iris de paz brillando en dicho pueblo el verdadero sol de justicia, y entonces dispuso el ferviente misionero enviar maestro que instruyese á los cristianos en el verdadero culto y doctrina cristiana, con lo cual pudo al año siguiente bautizar ocho adultos y varios párvulos hijos de gentiles, que ya prometían esperanzas de verdadera conversión.

Gozábase y se alegraba en el Señor el misionero

P. Cañal, viendo prosperar aquella nueva viña, cuando por disposición de Superior fué trasladado á Hon-kon, donde sin duda era más necesario. Sucedióle el Padre Fr. Miguel Vila, quien sólo residió algunos meses; á éste el P. Fr. Manuel Moreno, quien administró este distrito cerca de tres años, en perfecta paz, y conservó y aumentó aquella cristiandad, instruyendo adultos y bautizando varios niños.

Como el enemigo común de las almas nunca cesa, de aquí que jamás gocemos de completa tranquilidad, á la calma sigue la tormenta, á la alegría el llanto, y una victoria conseguida es principio de otra más encarnizada lucha. Cuando aquí todo yacía en calma, estalló en Fogán la persecución más horrible que quizá ha sufrido esta ya antigua Misión, y entre cuyas oleadas de fuego vióse envuelto y próximo á perecer nuestro muy Rdo. P. vicario provincial Fr. Ignacio Ibáñez.

Desde entonces resolvieron los Superiores trasladar á este Padre á este distrito, substituyéndole el P. Moreno en los pesados negocios de la villa de Fogán.

«De lo que Dios da, no escasea,» dicen allá en mi tierra; y á la presente calamidad añadióse otra no menos sensible; la prematura muerte del M. R. P. vicario Fr. Paulino Basó. Entonces fué cuando el P. provincial Fr. Lucio Asencio, á petición del Ilmo. Sr. Masot, dispuso añadir algún refuerzo enviando dos nuevos misioneros; y el venerable Consejo de Provincia determinó al P. Ibáñez para vicario y cabeza de esta Misión. Llegamos por entonces á Fo-cheu el R. P. Fr. Francisco Pagés y el más inútil que subscribe: era el 7 de Marzo de 1889.

Apenas llevaba dos meses en compañía del Padre vicario, quien me instruía en las costumbres y lengua de estos naturales, cuando me encomendó definitivamente este distrito y él partióse para Fogán: era el mes de Julio, y luna 5.^a de los chinos.

Debía dar principio á la administración anual de Sacramentos empezando por el histórico pueblo de Au-Tuo; y como ya tenía noticia del estado en que se hallaban los cristianos, y yo, por no poseer todavía bien la lengua, nada podía hacer para animarlos á la perseverancia y desarrollar la semilla que mis dignos antecesores arrojaron, llevé conmigo dos fervorosos y antiguos cristianos, quienes por espacio de quince días explicaron la doctrina y Catecismo, y así pude bautizar siete adultos y nueve párvulos.

Por la puntual asistencia al rezo, Misa y explicación de la doctrina comprendí lo mucho que de ellos se podía esperar, y según el entusiasmo que noté, concebí la idea de levantar una escuela-residencia donde pudieran reunirse con desahogo, y ser al Padre más fácil el cuidado y riego de aquel nuevo plantel: así se lo dije, estando reunidos, y todos se alegraron.

Nueva era de conflictos y contradicciones para los cristianos y de disgustos para mí; era cuyo fin aun no aparece, y sólo con el de ese malvado Len-Len tendrá término glorioso, supuesto el auxilio divino, que no faltará haciendo nosotros cuanto está de nuestra parte, movidos y ayudados por la divina gracia.

Varias fueron las emboscadas que aquel año y el siguiente preparó el Len-Len á los cristianos; mas entonces tenía en mi compañía un sacerdote indígena (don

Mateo Lim), quien oía á los catecúmenos, y á mi sombra y en mi nombre deshizo todas las tramas del perseguidor valiéndose sólo del alcalde de barrio.

Al llegar la 7.^a luna de 1891 dispuse que fuera el sacerdote D. Mateo con anticipación á Au-Tuo para predicar, instruir y preparar los catecúmenos que yo mismo esperaba bautizar. Subió efectivamente, fué fiel á su misión, y con sus enseñanzas y las de dos catequistas que tres meses antes yo enviara, cuando subí encontré preparados veintiocho adultos y doce párvulos, á quienes regeneré con las saludables aguas del Bautismo.

De allí salí el día siguiente para administrar en otro pueblo distante menos de una legua, y aunque á la vuelta quise que se volviera conmigo también D. Mateo, no lo consintieron los cristianos, que no se saciaban de oír su doctrina y se gozaban con la presencia del Padre: éste aun permaneció otros diez días, bautizó tres adultos más y volvió á la iglesia harto contento de su expedición.

No fué este solo el fruto que entonces recogimos, sino que además abandonaron las supersticiones varias familias, contándose en el número de los catecúmenos; y desde aquel día hasta ahora son muchos y con frecuencia los que entran por la *puerta* en el rebaño del Buen Pastor.

¿Cómo podría mirar con buenos ojos tanto triunfo el enemigo de las almas? ¿Y cómo sufrir que tantas tablillas, ídolos, letreros y otros instrumentos del culto diabólico fuesen quemados, y en la plaza pública? Armó, pues, el infierno nueva guerra, y valiéndose del infame Tigre y otros agoreros, suscitó la persecución más horrible y más de temer, dado el carácter de estos chinos, sumamente supersticioso. No consiguieron, sin embargo, ni el infierno ni sus ministros el fin que intentaran, que no era otro sino acabar con el nombre cristiano: antes sí, perdieron terreno y gente, según se verá por la relación que sigue:

Corrían los principios del año 1892, cuando en noche tenebrosa el malvado Len-Len tuvo la fatal idea de preguntar al mismo demonio el medio más eficaz para desterrar de su pueblo la Religión cristiana.

— ¡Cómo! gritaba loco de furor, ¿no he de poder yo con esos necios fanáticos?

Llamó á los agoreros y pitones... llegaron... recitaron sus preces... surgió una sombra... poseyó á un hombre... y este hombre convertido en demonio, ó el demonio convertido en hombre, habló y dijo:

— Muy sencillo; mañana bajaré fuego del cielo, convertiré en pavesas la casa del rezo común, dejaré oír mi potente voz, verán las gentes mi grandeza y poderío... todos me ofrecerán incienso y sacrificios.

¡Palabras de satánica soberbia! ¡Loca ambición!

Sabedor el pueblo de la inaudita respuesta, esperó inquieto y medroso todo el siguiente día, hasta ver realizado el fatídico pronóstico... El sol tocaba á su ocaso, avanzaban las sombras, reinaba el silencio, y, cuando la callada noche tendía su negro manto, bajó efectivamente el esperado fuego. Oyóse una voz; temblaron las gentes, reunióse el pueblo por prestar auxilio, corrie-

ron, llegaron, y absortos veían... intacta la casa: ¡la casa y el fuego!

—¿Qué es esto? decían todos. ¡La casa es cristiana, y el fuego está adentro!

La casa era efectivamente la que servía para el rezo común de los cristianos: habitaban en ella ocho familias, cinco cristianas y tres gentiles: á todos conturbó la invención diabólica, y sobrecogidos por el miedo, nadie se daba cuenta de lo que en derredor pasaba: esperaron el siguiente día... llegó, pasó..., y lo mismo; el fuego, según ellos, dentro, y la casa no ardía.

Inspiradas por el demonio las familias gentiles, con otras varias de las contiguas casas, empezaron sus diabólicos sacrificios, hicieron mil supersticiones, y por fin se empeñaron en que los cristianos debían contribuir con dinero y personal á tan infames ritos: negáronse abiertamente á todo, y aunque en sus adentros no las tenían todas consigo, protestaron, no obstante, no soltar media chapecá aunque la casa y todos ellos perecieran. Con tan resuelta negativa irritáronse los gentiles, prorrumpieron en maldiciones, blasfemias y todo género de amenazas; recurrieron al alcalde, y éste, como buen gentil, fué de parecer que los cristianos debían contribuir; pues aunque los gentiles, decía, aplaquen la ira del poderoso Belial, si la parte cristiana se quema, el fuego se comunicará á las contiguas, y todo será pasto de las llamas, quedando sin efecto los sacrificios y supersticiones gentílicas.

Concluyente parecía la razón de la Autoridad, y los nuevos cristia-

nos no sabían ni podían contestar á tan absurdo argumento: entonces levantó su voz en medio de las turbas una joven, antigua cristiana, y díjole:

—Señor alcalde, no tiene V. razón en lo que dice: si ellos (los gentiles) adoran y creen en sus espíritus inmundos, nosotros los cristianos adoramos y creemos en el Señor del cielo Todopoderoso, quien puede y hacer y hará que, quemándose las partes y casas vecinas, la nuestra quede intacta y sin lesión: ¿por qué no ha de hacer lo mismo el que tú llamas poderoso Belial?... Si ellos creen, que sigan en sus creencias y supersticiones; nosotros creemos y seguiremos nuestros rezos y nuestras prácticas, sin mezclarnos en sus ritos abominables.

Oyeron todas las palabras de la heroína, las oyó también el alcalde, encogióse de hombros y fuese.

No callaron, sin embargo, los gentiles; antes bien redoblaron sus instancias, sus maldiciones, blasfemias

y amenazas, tanto que los cristianos temían un alboroto, y consiguiendo alguna desgracia; entonces determinaron avisar al Padre misionero y pedir su intervención en el negocio.

Bajaron efectivamente los azorados cristianos, y me expusieron el caso. Verdadero asunto de risa era para mí la comedia; empero no así para los gentiles y cristianos, quienes, según comprendí, estaban asustados y temerosos: entonces hiceles ver que aquello no era fuego, de lo contrario la casa se habría ya quemado; exhortéles á la paciencia, sufriendo en silencio tantas maldiciones y blasfemias; á



AFRICA ORIENTAL.—El viejo hechicero de Kamba. (Pág. 158)

tener gran confianza en la amorosa Madre del Santísimo Rosario, cuyos quince misterios diariamente debían rezar; les dije también hicieran uso de agua bendita, y de este modo Dios les libraría del peligro presente y de cuantos el infierno les presentara: díles finalmente mi tarjeta, la que debían presentar al alcalde, suplicándole interviniera en el asunto, y asegurándole que sería responsable de cualquier atropello. Oyó mis palabras, reprimió á los gentiles, y éstos depusieron su actitud amenazadora.

Pasáronse quince días, y los gentiles, después de gastar no poco dinero en supersticiones, y no pudiendo olvidar la aterradora sentencia del inmundo espíritu, determinaron volver á preguntar á los *pitones* sobre el tiempo y realización del pronóstico; era el 15 de la luna.

Aquéllos, después de sus acostumbradas invocaciones, contestaron: «que la casa se quemaría el 20 de la luna.» ¡De este modo engaña y atormenta el diablo á los suyos!

Desde entonces determinaron los gentiles abandonar la casa, trasladando su ajuar á otra parte, sin cesar en sus maldiciones contra los cristianos. Estos oían, callaban, rezaban su Rosario y esperaban de la Santísima Virgen, *Auxilium christianorum*, el fin de tales maquinaciones.

El 19 de la luna, á eso de la media noche, cacareó por casualidad una gallina; el cacareo fué prolongado y fuerte: oyéronlo los cristianos y gentiles... Desde aquel punto (¡cosas de chinos!) la quema era indudable; el diablo se había posesionado de la casa; ¡ésta era ya una cosa inmunda! Amaneció el siguiente día (20), y antes que el sol dorara las crestas de los elevados montes los gentiles abandonaron la casa por no ser envueltos en sus cenizas, y con la resolución de jamás volver á ella: los cristianos... dos de ellos, marido y mujer, catecúmenos, siguieron desgraciadamente el ejemplo de los gentiles... los demás, aunque temían, no salieron de casa, ni se atrevían sin antes consultar al Padre.

Bajaron, pues, á preguntarme... oíles, y les dije:

—¡Santo Dios! ¡qué sólo el canto de una gallina os conturbe y os ciegue de este modo!

Trateles con amabilidad, les expuse la verdadera doctrina sobre el primer precepto de la ley de Dios; exhorteles á la perseverancia en el buen camino que ya habían conocido, y les aseguré ser una especie de apostasía y superstición muy necia creer en el canto de las aves, y mucho más salir al presente de la casa siguiendo á los gentiles. Conformáronse en todo, y animados por la divina palabra, quedaron resueltos á jamás salir ni abandonar el hogar aunque abrasados murieran.

—Si todo se quema y nosotros perecemos, decían, es nada más que porque Dios lo quiere ó lo permite; conformémonos con su divina voluntad.

Pasáronse algunos días, y como la casa no se quemaba, desengañóse el pueblo de la farsa, y comprendió la falsedad, engaños y mentiras del maligno. De las tres familias gentiles que abandonaron sus hogares, las dos volvieron de nuevo, y viendo que los cristianos sin gastar dinero, sin pasar tantos sustos, sin consultas ni sacrificios, habían salido mejor librados que ellos, aban-

donaron sus ídolos, y hoy adoran en espíritu y verdad al Señor de las alturas.

¡Cuán admirable es el nombre del Señor en toda la tierra! Invocáronle los cristianos, y viéronse libres; huyeron las aéreas potestades, y aquella casa, cuya sala común era antes asiento de ídolos y demonios, hoy, purificada de toda inmundicia, sirve de cenáculo donde se come la Carne y se bebe la verdadera Sangre de Jesucristo inmolado en el incruento Sacrificio del Altar! ¡Lado sea por siempre! ¡alábenle todas las gentes, y engrandézcanle todos los pueblos!!!

Al leer estos renglones cualquiera creará firmada la paz de los cristianos; sin embargo, no ha sucedido así, pues desde entonces el Tigre Len-Len ha tramado nuevas emboscadas con que me ha hecho padecer lo indecible: dos meses llevo batallando con él: hoy mismo ha sido arrastrado por los esbirros á pedirme perdón y arreglar definitivamente una blasfema acusación; pero en vano, no se puede con él. No teme perder la cabeza á trueque de impedir la edificación de la iglesia, cuyos cimientos ya están trabajados. Sólo con la protección del glorioso San José, á quien he puesto por Patrón de la capilla y cristiandad, podremos salir airoso del atolladero en que ese impío nos ha metido.

El día de la Santísima Trinidad, cuando el sol tocaba á su ocaso, salí con un muchacho en dirección al Oeste, y á obscuras y trepando montes llegué al pueblo para ver y enterarme del estado de las obras de la iglesia: vilas, entereme, di algunas disposiciones á los oficiales, y á la hora del día anterior y con tiempo lluvioso anduve las tres largas leguas que Au-Tuo dista de esta residencia: aquella tarde perdí media vida. Llegado que hube, sólo procuré mudarme los vestidos mojados ya por la lluvia, ya por la abundancia de mi sudor: subí directo al cuarto, y... ¡qué sorpresa! ¡nuevo proceso! todos los trastos, alhajas, baúles estaban trastornados! Me habían salteado la casa en sola una noche que falté de ella. Los ladrones intentaron apoderarse de la poca plata que había; mas, gracias á Dios, no pudieron; sólo me robaron los vestidos y otras cosas.

No me asusté por este nuevo incidente: sólo dije á los sirvientes estas jocosas palabras:

—Dios no ha permitido me arrebatasen los pesos para que con ellos pueda comprar un *kuan-chai*, es decir, un féretro para mi eterno descanso (1). He dado parte al mandarin, y hoy los esbirros andan como el *leo rugiens circuit querens quem devoret*.

Volviendo á mis catecúmenos, el año pasado y principios de éste se han aumentado en número considerable; por esto mandé un maestro y una anciana mujer para enseñar é instruir, aquél á los hombres, y ésta á las mujeres: después he bautizado otros doce adultos y varios párvulos.

Cuando subí por primera vez sólo había ocho comuniones; hoy ascienden á sesenta y nueve y cuatro confesiones de niños.

(1) No parece sino que este joven y celoso misionero tenía un presentimiento de su próxima muerte; pues falleció el 12 del pasado Octubre. (R. I. P.).

Los catecúmenos son unos cuatrocientos entre adultos y pequeños. Es cosa que admira el entusiasmo con que trabajan todos en la fábrica de la iglesia, á pesar de ser pobres, estar ocupados en las faenas del campo, y á pesar también de la guerra que el infierno les hace: con esto la vida del misionero es un tejido de tristezas y alegrías *miscens gaudia fletibus*, de llanto y de consuelo: consuelo, digo, porque, en verdad, casos se dan que hacen derramar lágrimas de alegría viendo manifiesta la poderosa mano de Dios.

FERNANDO POO

El nuevo pueblo de San José de Banapá.—Un nuevo apóstol

El Rdo. P. Eusebio Sacristán, misionero Hijo del Inmaculado Corazón de María, escribe desde Fernando Poo:

EL día 1.º de Enero último nuestro Rmo. P. prefecto apostólico, Armengol Coll, bendijo el lugar que será, con la ayuda de Dios, el pueblo de San José, y puso la primera piedra del mismo. ¡Cuántos trabajos hasta llegar aquí! ¡Cuántos nos aguardan hasta ver realizados nuestros deseos! Pero quien dió ánimo y fuerzas para empezar, El mismo lo llevará á feliz término.

Esta idea tan atractiva, al parecer, no podía salir de nosotros, porque siendo los niños que componen el colegio de Banapá de tribus diferentes y de lejanas tierras, parecía excesivo exigir de ellos el abandono de la patria y la renuncia de la familia. Pero Dios se encargó de realizar lo que nosotros creíamos imposible. Desde que cinco niños pamues de este colegio empezaron á comprender qué era perderse y que si volvían á su tierra corrían gran riesgo de volver á su primera vida y costumbres, como veían suceder á otros compañeros suyos, comenzaron á importunarme con que alcanzase del reverendísimo Padre Prefecto permiso para establecerse junto á la Misión. Por orden del mismo reverendísimo Padre les propuse sucesivamente las Casas de Cabo San Juan, Elobey Grande, Corisco, San Carlos y Concepción, pues ni el Padre Prefecto, ni el que suscribe, pensábamos en formar pueblo en Banapá.

Hace más de un año que sucedía esto, y contra nuestro pensar, dada la inconstancia que tan natural es á esta gente, el entusiasmo por la idea fué creciendo, y bajo lo que podíamos llamar su lema: «no queremos pecar, no queremos volver á ser lo que éramos,» han venido casi todos, uno tras otro, á pedirme la voluntaria expatriación. Aun lo recuerdo como si lo viese ahora: se me presenta una noche en mi habitación un niño de unos trece años que había sabido que los anteriores habían logrado el objeto de su petición, y me dice:

—Padre, yo no tengo padre, yo no tengo madre; si V. no me admite, ¿dónde iré? ¿quiere V. que me pierda?

Considere V., querido Padre, si me quedarían ganas de negarle lo que pedía.

Tengo á la vista los papeles que escribieron el último día del año pasado pidiendo permiso para quedarse. Para que no extrañe V. algunas expresiones, del caso

será decirle que para seguridad de los niños y tranquilidad nuestra sólo admitimos á los que no tengan padre ni madre ó no haya peligro de ser reclamados. Esto supuesto, creo gustará á nuestros Hermanos y bienhechores de España la sencillez y caprichosa redacción de las siguientes cédulas:

«Quiero pertenecer al pueblo cristiano, no de mitirras, ni gañar, si yo gaño es un pecado, digo de verdad.» Este quería asegurarse bien, no sea que pensásemos que iba de bromas.

Otro: «Yo quiero mucho y antes de venir los niños á Banapá yo pedía al Padre Prefecto para sentar aquí. Y hasta ahora yo quiero mucho porque yo no quiero adora más cosa de pamue.»

Hay uno que lo hace con mucha solemnidad: «Hijo de Corazón de María: yo Simón Matindi quiero quedar. No hay que preguntar más por mí, ya está dicho, no se puede borrar de ninguna manera, por la gracia de Dios, quiero con todo corazón.»

Uno se dirigía al reverendísimo Padre Prefecto en estos términos: «Yo es uno de allí, quiero con todo corazón. Tengo mi padre y madre; pero yo no porta de ellos más, porque todo es protestante; si voy allí, volveré yo también.»

He puesto estas esquelitas para que se vea cómo á lo menos en sus ratos de fervor cristiano (y son frecuentes estos ratos) desean de veras ser buenos. He dejado otros graciosos, como el que decía: «Yo quiero muy perfectísimo,» para decir de muy buena gana; y otro: «Usted ya sabe que yo quería desde antes y no puedo *cambiar más boca*.» Si San Ignacio daba por bien empleados todos sus trabajos porque una sola noche un alma sola dejase de cometer un pecado, me parece que nos podemos consolar de que todos nuestros sufrimientos ofrezcan á Dios algunas almas y quizá millares, que se perdían sin estos medios de salvación. Las oraciones de nuestros Hermanos y bienhechores hacen el fruto, y nadie mejor que nosotros conoce la inutilidad de nuestros esfuerzos sin esos ruegos.

Como coronación de estos principios y cumplimiento de estos deseos, puede considerarse la función del 1.º de Enero de 1894. El día antes por la noche se les hizo una explicación de lo que debían ser los moradores del pueblo que pretendían comenzar, y al mismo tiempo se pusieron las bases sobre que había de fundarse el nuevo pueblo, exigiéndose á todos los que quisieran formar parte de él nueva súplica por escrito. Gratamente sorprendidos nos vimos poco después viendo cómo se presentaban uno á uno todos los colegiales, aun algunos de los cuales nadie abrigaba la menor esperanza, trayendo nueva petición.

En la mañana de tan fausto día los niños, después de haber oído Misa, comenzaron los preparativos de la función: unos traían ramos de palmera, otros con ella levantaban lindos arcos en la plaza del pueblo, otros preparaban una especie de sitial para S. Rma., y todos trabajando lo posible para que el Padre Prefecto no los sorprendiera antes de terminar su obra. Este, en efecto, se personó en Banapá á eso de las ocho; al verle nuestros jóvenes, no sabían cómo expresar su emoción, pues si la alegría les excitaba interiormente, la admiración les cerraba la boca. ¡Qué hermoso era

verle rodeado de gentes sencillas que confiesan que á él deben la verdadera vida! Y aquí suplico á V. y á los lectores disimulen el entusiasmo que parece nos arrebató al ver al Padre Prefecto con unos cincuenta negritos, que siguen en pos, más que como cortesanos á un monarca, como ovejas á su pastor; que también entre los negros, si no es á las veces el fruto tan pomposo y grande como el que en otras partes se produce, es quizá más costoso, y á los ojos de la fe y de la verdadera civilización y colonización, no menos magnífico y grandioso. Que no es mengua del misionero el que formen su corona cuerpos negros, si á éstos hermosean almas puras.

Son como las nueve, y uno tras otro, sin hablarse ni casi mirarse, van los cuarenta y cinco niños de Banapá camino del bosque; tras ellos, como sus ángeles de guarda, van con el reverendísimo Padre los Padres y Hermanos de nuestro Colegio, y detrás de todos varios de los trabajadores de las fincas cercanas. Dentro de la glorieta todos, S. Rma. dirigió la palabra á los niños, ponderándoles lo solemne que era el acto que iba á tener lugar.

Luego se reviste de sobrepelliz y estola blanca; los niños y mayores callan y creen hallarse en el templo del Señor; invócase la asistencia del Espíritu Santo y la protección del Corazón de María y de San José, y concluidas las preces, toma S. Rma. un azadón y cava en medio de la plaza, y con una pala saca la tierra del hoyo; lo mismo hicimos los demás Padres y Hermanos y los más aventajados jóvenes que han de constituir el nuevo pueblo que ha de llamarse «San José de Banapá», y últimamente se bendijo y colocó la primera piedra.

Anunciado el título del pueblo y dada por terminada la función, levantóse un clamoreo general, expresión de la alegría y entusiasmo que reinaban en aquellos sencillos jóvenes.

No hubo en este acto más pompa de la dicha. A propósito dejamos de convidar á cualquier otra persona extraña al pueblo, para hacerlo con más libertad. Quiera San José, nuestro Padre, que desde su imagen presidía nuestra reunión, bendecir su obra. El día de su fiesta del año pasado se bendijo la finca de los niños, entonces escasamente de media hectárea; hoy, con su protección, más de veinte hectáreas casi totalmente plantadas, nos dicen cuán bueno ha sido este año para con nosotros. Todo el trabajo de desmontar, limpiar, marcar y plantar lo han hecho y continúan haciendo los mismos niños á ratos perdidos, ó mejor á ratos ganados.

Iba á cerrar la carta, cuando recibimos el correo de Elobey y de aquellas Casas, y nos encontramos con una noticia relativa al objeto de esta carta, la cual me ha parecido conveniente escribir aquí, aun á riesgo de parecer inoportuno. Uno de los niños que empezó á abrir finca en Banapá para quedarse, tuvo que volverse á su tierra por enfermo; pero ahora resulta que el enfermo se ha convertido en apóstol. Convencido como estaba de nuestra fe y sus verdades, con tal fervor ha debido de predicar á sus paisanos, que además de varios niños que han entrado en San Juan, todo el pueblo ha pedido para venirse á Banapá, junto á la Misión, aceptando cualesquiera condiciones, á trueque de vivir junto á

nosotros y no condenarse. Porque el tema de los discursos del *improvisado misionero* es «que hay un infierno», y lo ha debido hacer con fervor, pues tal efecto ha producido. A la primera noticia que he tenido del caso, pensaba para mí: ¡y aun hay quien dice que no se hace ningún fruto! Roguemos al Señor de esta mies que envíe muchos operarios de esta clase á su viña de estas Misiones.

Voy á concluir pidiendo á nuestros Hermanos y bienhechores oraciones y ayuda, y repitiendo mil acciones de gracias por las limosnas espirituales y corporales, que tanta parte han tenido en el fruto aquí obrado.

FILIPINAS

Dificultades y trabajos de una expedición á Binatangan.— Fructuosa expedición al valle de la Mota

El P. Fr. Teodoro Jimeno, de la Orden de Predicadores, desde Bambang, vicaría provincial de la Isabela, de Luzón, escribe con fecha 3 de Mayo de 1893 á su Padre Provincial:

Con el mayor gozo de mi corazón le participo que la comandancia político-militar de Binatangan está ya establecida. Y como para conseguirlo se han realizado grandes sacrificios, se han llevado á cabo grandísimos trabajos y se han vencido muchos obstáculos, justo es que consten en alguna parte, aunque no sea más que en una pobre carta de un oscuro misionero.

Después de diez meses de estar aquí esperando las fuerzas de infantería, quiso Dios que nombrasen comandante político-militar de Binatangan al Sr. D. Benito Márquez Martínez. A mediados de Septiembre llegó, y á los tres días, gracias á su actividad prodigiosa salió de este pueblo con los oficiales D. Joaquín Vana-clocha, D. Anastasio Soto y todas las fuerzas á sus órdenes, para explorar por sí mismo la cuenca de Binatangan, las vías de comunicación, si existían habitantes, qué número, y cerciorarse por fin si el lugar designado, considerándolo bajo todos los aspectos, reunía las condiciones necesarias para el objeto que se anhelaba.

Se emprendió, pues, el viaje al amanecer. A legua y media del pueblo ya el camino se presentó como se presentan siempre las veredas, transitadas únicamente por salvajes. Desde aquel punto el chapeo tuvo que ser casi continuo, los trabajos de azada y pico, considerables, y los vadeos de ríos y torrentes á cada momento; y cuando por la tarde todo el mundo estaba ya fatigadísimo, se presenta por delante la horrorosa pendiente del monte Banao, y por encima negras y apiñadas nubes que se resolvieron al momento en copiosísima lluvia.

Esfuerzos de gigantes se tuvieron que hacer para dominar la cumbre. Realmente, aquello no era andar por caminos ni por sendas: era más bien trepar por una montaña rusa sembrada á ambos lados de precipicios y abismos, y sobre un suelo gredoso, y por lo tanto resbaladizo como si fuera de cristal. Pocos caballos pudieron gatear hasta la cima: la mayor parte de ellos á mitad de la pendiente desfallecían y se encontraban sin aliento; y cargas y caballos, formándose una bola, como si fue-

ran masa informe, rodaban hacia atrás, no parando hasta la falda. Uno á uno, ayudándoles parte de la gente por detrás, y tirando la otra con cuerdas desde arriba, se pudo conseguir subiesen, no sin dejar antes aquella senda sembrada de arroz y otros viveres que llevaban.

La bajada es también rápida, mas no tanto como la subida en la parte de Nueva-Vizcaya; y desde allí se puede decir que se ha entrado en el valle de Binatangan. No es una llanura completa: tiene sus colinas de poca elevación y limpias de bosque.

Cuando se penetró en el valle, que es más largo que ancho, rodeado y defendido por altas montañas cubiertas de exuberante vegetación, la noche se venía encima, y el estado del tiempo cerrado y lluvioso contri-

ron dos disparos de fusil, y no se oyó otra cosa que los ecos de las detonaciones.

Era evidente, allí no vivía nadie. Un soldado trepó, y detrás otro hasta la copa, posesionándose ambos de aquella mala y desvencijada jaula. Una vez dentro, un grito de horror se escapó de sus pechos; la ferocidad de sus antiguos moradores se presentó con toda su repugnante catadura. Allí dentro se encontraron los restos de víctimas inocentes, allí estaban los trofeos del salvaje, allí los rastros del sanguinario: cráneos y restos humanos era todo el ajuar, todo el precioso mueblaje y todos los tesoros que encontraron en aquella execrable morada.

La impresión no pudo ser más triste y dolorosa, y hasta me atrevo á asegurar que se aumentó algo por el



AFRICA ORIENTAL.— Vista de la montaña de Buiti (Sambara). (Pág. 159)

buía á que las tinieblas se adelantasen más de lo ordinario y más también de lo que se deseaba.

Todo el mundo tendió la vista por aquellas soledades para ver si se descubría algún mal casucho donde guarecerse aquella noche: pero no; ni una señal, ni un rastro, ni un vestigio siquiera que indicara que por allí vivían ó habían vivido seres humanos.

Digo sí; allá algo internados ya en el valle, y en lo más alto de un coposo y gigantesco árbol, se descubría un bulto hecho de brozas y ramajes secos, que lo mismo podía ser un nido de buitres ó águilas, que una atalaya de asesinos, que una morada de salvajes. Aproximados á él, se dieron gritos desde abajo, y nada se movió; se repitieron las voces y nadie contestó; se hicie-

tiempo encapotado y tormentoso, viéndose á las nubes cruzar rápidas y arremolinadas despidiendo torrentes de lluvia sobre la tierra.

Buena, buena noche se presentaba por cierto en expectativa. Sin más techo que el firmamento, sin más abrigo que la ropa empapada toda en agua, sin más cama que el encharcado suelo, y sin más luz que las tinieblas.

Cada uno se arregló allí como pudo. Los soldados con el arma al brazo y sentados en cuclillas sobre sus tobillos, los demás sobre las monturas de las cabalgaduras, y todos recibiendo con paciencia estoica por toda la noche la lluvia. Minutos sin fin, horas interminables, noche eterna parecía aquella noche.

Al amanecer, todo el mundo se hizo ojos para ver si por algún punto se descubría algo que indicara donde estaba Binatangan. Afán en vano: Binatangan no existía: había desaparecido, como si un gran cráter se lo hubiera tragado sin dejar rastro alguno sobre la tierra. Unicamente, en el sitio donde estuvo el cuartel de la Guardia civil construido el año 1881, se encontraron dos pies derechos de madera, únicos testigos mudos que denunciaban á los presentes que con anterioridad á ellos otros habían hollado también con sus plantas aquellos sitios inhospitalarios.

Y manos á la obra: aquel mismo día se empezaron los trabajos. Unos se dedicaron á la construcción de un camarín, para poderse cobijar la gente al menos y librar los víveres de la intemperie: otros á hacer exploraciones por aquellos alrededores y cerciorarse de lo que había ó pudiera haber. A la tercera noche había ya algo hecho para resguardarse, pero no se sabía qué elegir; si meterse debajo del cobertizo ó sufrir el mal tiempo de frente y al descubierto. Si se elegía lo segundo, se hallaba uno siempre hecho uno sopa; y si lo primero, como el camarín estaba construido con materiales verdes y mojados, era tal la atmósfera que reinaba dentro que asfixiaba.

En fin, aquello era imposible. Ir á fundar una Comandancia político-militar como la de Binatangan, en donde las maderas de construcción están bastante lejos, sin sendas ni caminos para el arrastre, sin animales ni recursos para alquilarlos de los pueblos; sin carpinteros, con sólo el soldado por único elemento, era pedir una quimera. En su virtud se resolvió la vuelta á Bambang, después de nueve días de permanencia en aquel sitio, y trayendo veintidós soldados enfermos de calenturas.

Sabíase á ciencia cierta que al S. E. de Bambang, y al E. de Dúpax, se encontraban tres rancherías de ibilaos llamadas Canadán, Oyao y Bua. Sabíase asimismo que cerca de Bua había una llanura bastante grande denominada la Mota. Las rancherías de Canadán y Oyao se hallan relativamente próximas, habiendo tenido sus individuos frecuentes relaciones con el pueblo de Dúpax, y frecuentes también han sido las visitas que los muy reverendos Padres Vicarios de dicho pueblo les han hecho para atraerlos á la vida cristiana, pacífica y civilizada. Pero á Bua ninguno había ido desde el tiempo del M. Rdo. P. Fr. Antonio Xabet, que en sus años juveniles hizo una trabajosa y larga expedición al interior de los ibilaos, llegando á donde quizá nadie ha llegado hasta hoy.

Con estos antecedentes determinó el Sr. Márquez otra exploración al valle de la Mota, y probar si en el segundo golpe tenía más fortuna que en el primero. Juzgué muy conveniente que en esta expedición les acompañase también un Padre misionero; y sabidos que fueron por el M. Rdo. P. Francisco Elorriaga mis deseos, se ofreció animoso, contento y decidido para tomar parte en los muchísimos trabajos que á no dudar se les habían de presentar. El día 23 de Octubre fué el prefijado para salir las fuerzas de aquí á Dúpax, y el 24 para emprender la marcha de Dúpax á Bua.

Así se hizo, saliendo al amanecer, y pernoctando aquel día en un llano denominado Manchodoy, y donde

hay construido sobre una colinita un cobacho llamado tribunal.

El día 25 al romper el día continuaron la marcha tomando un mal sendero que, serpenteando las faldas de los montes Virisan y Maninip, llega y concluye en la margen derecha del río Pudi, habiendo empleado hora y media en recorrerlo. Desde aquel punto la marcha se les hizo ya trabajosa y penosísima. Desaparecida y borrada de sobre la tierra la ruta que hasta allí les había guiado, no tuvieron más remedio que lanzarse al cauce del río y utilizarlo como única vía que les restaba, seguros de que los había de conducir hasta la cumbre del monte Maninip, ramificación de la cordillera del Caraballo, y que necesitaban dominar para poder llegar al ansiado Bua.

Siendo como es más bien que río un torrente, con sus aguas impetuosas, con sus enormes peñascos, que había que salvar saltando de uno en otro y con pozos profundos en algunas partes, bien se comprende que la fatiga de los expedicionarios había de ser grande. Con el agua hasta la rodilla casi siempre, unas veces hasta la cintura, otras viéndose tan pronto en pie sobre la resbaladiza mole de un peñón como sumergidos hasta medio cuerpo en las aguas aquellas; tales impresiones alternativas por necesidad habían de serles molestísimas y les habían de quebrantar las fuerzas.

Y no era eso lo más temible: lo tremendo, lo horroroso en aquellas circunstancias, y en la manera que necesariamente tenían que caminar, hubiera sido una emboscada preparada por los igorotes ibilaos, por aquellos salvajes que hasta aquel día habían dominado y reinado sin obstáculo alguno sobre aquellos imponentes desierto.

Sabían que iban las fuerzas, porque se les había mandado aviso de antemano. Se les comunicó que no temieran, porque iban anunciándoles la paz. Se les mandó recado diciéndoles que con las fuerzas de infantería iría también el M. Rdo. P. Fr. Francisco Elorriaga, á quien algunos conocían personalmente. Pero con todo ¿qué extraño hubiera sido que aquellas fieras, conociendo como conocían perfectamente el terreno, los desfiladeros por donde habían de pasar, el cerradísimo bosque de árboles, arbustos y enredaderas, tan compacto que forma una valla impenetrable en ambas márgenes del río, y hasta las mismas copas de aquellos árboles seculares que cruzándose y entrelazándose hacen del cauce del río Pudi en muchísimas partes un oscuro y lóbrego túnel; qué extraño hubiera sido, digo, que aquellos seres montaraces y sanguinarios hubieran preparado una traidora emboscada y nos hubieran dado un día de luto? Dios quiso que no se les ocurriera semejante idea, y Dios hizo también que los nuestros no tuviesen novedad.

Dominaron la montaña (1), descendieron del monte por una vertiente bastante rápida, y encontrándose otra vez sin camino y con todo el terreno cerrado de bosque, tomaron el cauce del río Dinum que se une al Bua, del

(1) Cerca de su cumbre les sorprendió una hermosísima cascada de unos treinta metros de elevación; y si bien no era completamente vertical, pero pudieron vencerla, gracias á los bejucos que tenían puestos allí los ibilaos, subiendo agarrados á ellos uno á uno.

que al parecer toma el nombre la ranchería. Siete horas mortales emplearon aquel día en recorrer la distancia que separa á Bua del llamado tribunal. En todo el camino no hubo más percance, ni más visos de peligro próximo que el siguiente:

Caminaba el P. Elorriaga á pie con un tosco bastón que le servía de apoyo; detrás iban el Sr. Márquez y el Sr. Vanaclocha en la misma forma, cuando de repente desaparece de su vista el Padre, sin dar un grito, sin exhalar un gemido, y como si se lo hubiera tragado la tierra: se aproximan con rapidez, miran, y lo ven á una profundidad de cinco á seis metros sentado en tierra, pero sin pronunciar una palabra. La conmoción que debieron experimentar aquellos señores en momentos de tanta incertidumbre tuvo que ser horrible.

—¡Muchachos, al instante abajo! gritaron á los soldados: ¡al Padre, que se ha caído!

Entonces fué cuando el P. Elorriaga contestó que no se había hecho daño mayor, renaciendo la tranquilidad. Sucedió que caminaban momentos hacia por la margen del río y falda de un monte por un corto trecho limpio de vegetación, y creyendo el P. Elorriaga que apoyaba su agreste báculo en terreno firme, lo apoyó en falso en un derrumbadero cubierto de hierbas y ramajes.

El recibimiento que aquellos soberanos de las selvas y esclavos al mismo tiempo de todos los vicios hicieron á la expedición, fué sobremanera receloso y expectante: mas en vista seguramente del buen porte que todo el mundo observó con ellos durante los días de permanencia en aquellos sitios, fueron deponiendo poco á poco su recelo, presentándose más y más cada día, habiendo podido conseguir empadronar ciento trece cabezas de familia pertenecientes á las tres rancherías de Bua, Oyao y Canaden.

Como se ve, en esta segunda expedición se consiguió algún fruto; y si bien con grandísimos trabajos, éstos produjeron alguna satisfacción: al menos se vieron ibilaos, hablaron con ellos, les hicieron algunos regalos que se llevaron de los pueblos, y se empadronaron más de cien cabezas de familia. Satisfechos venían todos de esta segunda tentativa, y ciertamente que podían estarlo. Sin un percance grave, sin que les hubiera costado sangre, ni obligado á que ellos la derramasen entre aquellos seres embrutecidos, eran motivos poderosos y justas razones para recibir parabienes por éxito tan brillante, pacífico y provechoso para lo futuro.

En vista, pues, del resultado, y teniendo en cuenta que las fuerzas y la comandancia tenían que proveerse en los pueblos de todos los artículos necesarios para la vida; en vista de que era comprometidísimo el encerrarse en Bua ó Valle de la Mota, sin otra vía de comunicación desde Pudi que el álveo de su río, por donde no pueden subir ni caballos descargados; y habiéndose considerado convenientísimo para todo tiempo que en Pudi hubiese un destacamento, ya para acortar las distancias con las fuerzas que vayan al interior, ya también como depósito de víveres para las mismas, el día 9 de Enero del corriente año, después de catorce meses de permanencia en este pueblo, formaron las fuerzas y salieron para fundar la renombrada Comandancia de Binatangan en Pudi.

NUEVA POMERANIA (Oceanía)

El canibalismo. — El niño Turangua

La Misión de Nueva Pomerania, fundada en 1889, abraza gran parte de los archipiélagos oceánicos, puestos bajo el protectorado alemán. Millares de neófitos, gracias al celo de los misioneros de Issoudun, conocen y adoran al verdadero Dios en estas islas, tanto tiempo temidas á causa de la crueldad de sus habitantes.

El Rdo. P. Goutheraud, misionero del Sagrado Corazón de Issoudun, escribe:

Voy á hablaros hoy del asilo para huérfanos de Nueva Pomerania. Quizás os guste saber la historia dramática de algunos de nuestros niños. Sólo á cuatro leguas de Kinigunan, donde residimos, reinan el canibalismo y la esclavitud. Esta es diferente de la de Africa, en ciertos puntos. Sé que hay personas que ponen en duda los asertos del Ilmo. Couppé y de sus misioneros sobre este particular. Pues bien, nosotros sostenemos estas afirmaciones. Hemos interrogado muchísimas veces á los que han sido testigos ó actores de estas escenas de canibalismo. Casi todos nuestros niños han comido carne humana. Sus padres y amigos, que vienen con frecuencia á visitarnos, confiesan que también han comido, quien dos, quien tres, quien cuatro de sus semejantes. Naturalmente que no van á confiar estos secretos al juez imperial de Herbertshoh, el cual ha adquirido influencia poco á poco, y gracias á su columnita de soldados indígenas ha condenado á prisión ó á cadena á varios ladrones ó asesinos. En el interior, á algunas leguas de la costa, lejos de la vigilancia del Gobierno, ejercen aún sus rapiñas y se entregan al bandolerismo.

Antes de contaros la historia del pequeño Turangua, uno de nuestros huérfanos, son indispensables algunas notas preliminares. Este niño, de ocho á nueve años, es natural de un pueblo llamado Tovalilikai, en el interior, á seis horas de camino aproximadamente y al otro lado del río Grande, que corre desde las montañas de Baining, atraviesa la península de la Gacela y va á echarse al canal de San Jorge.

El Ilmo. Couppé, el P. Bley y el que suscribe, hemos hecho recientemente una excursión á dicho río, sin llegar, sin embargo, á la localidad de que hablo, que será objeto de otra excursión apostólica. Desde el río, en un gran radio, los pueblos son raros, y distantes unos de otros. El país es frondoso y magnífico. Únicamente el río interrumpe el silencio de este retiro, y los mismos pájaros hacen poco ruido; son poco numerosos y su plumaje nada tiene de maravilloso.

Cuando nuestros queridos huérfanos estén bautizados, iremos con algunos de ellos á fundar una parroquia cristiana á las orillas encantadoras del Karvat (este es el nombre del río). Así serán el punto de unión entre los naturales del Norte y del Sur de la península, que poco á poco, con el divino auxilio, se irá civilizando y cristianizando.

A todos los indígenas del otro lado del Karvat, se les da la denominación general de butam. Según nuestros isleños, tienen cola, y para sentarse, se ven obligados á hacer en la tierra un hueco para colocar en él su poco

gracioso apéndice: esta afirmación, que os hará sonreír como á nosotros, la oímos sostener formalmente.

Todos consideran á estos pobres butam como salvajes, como seres á quienes no se debe tener más miramientos que á las bestias. Entre estos desgraciados hacen sus correrías los canacos, armados con fusiles comprados antes del protectorado.

El pequeño Turangua pertenece á la familia de los butam; es inteligente, pero muy susceptible y bastante original. Este último defecto hizo que sirviera de hazme reír de los compañeritos desde el primer día de su llegada: se le tomaba por idiota; pero no tardamos en notar que quizás tenía más talento que los que le ponían en ridículo.

Turangua vivía en paz en Tovalilikai con sus padres,

cuando un día los hombres de un pueblo vecino mataron á uno de los habitantes de otro pueblo más cercano, llamado Vaikiri. Los vaikirianos, resueltos á vengarse terriblemente de sus enemigos, llamaron en su ayuda á las gentes de Malagunán, otro distrito; se arrojaron sobre el pueblo culpable, cuyos habitantes, sorprendidos y espantados, huyeron á Tovalilikai, esperando encontrar allí protectores; pero pronto fueron alcanzados por los vaikirianos y los malagunianos, que los degollaron ó hicieron prisioneros. Los que tenían que salvarlos sufrieron la misma suerte.

—Después de la carnicería, refiere nuestro huérfano, amarraron á los que quedaban. Varios de los que habían sido degollados fueron descuartizados y comidos acto continuo. Así vi tratar á mi pobre madre, y sus miembros medio asados fueron distribuidos á los vencedores, que acabaron alegremente su festín, refiriéndose

unos á otros sus crueles hazañas. Cuando estuvieron hartos, arrasaron los plantíos, pegaron fuego á las casas y se volvieron á su pueblo llevándose á los prisioneros, entre los cuales me contaba, y con ellos gran cantidad de piernas, brazos, corazones, etc., asados y envueltos en anchas hojas de plátano. A nuestra llegada á Vaikiri se efectuó la repartición de los prisioneros entre vaikirianos y malagunianos.

El niño añadió que ocho de ellos viven en Vaikiri. Los otros fueron conducidos hacia Malagunán, y abandonados á los guerreros más valerosos. Me ha dicho el nombre de diez. Quien quiera puede ir á verles é interrogarles; están sólo á dos ó tres horas de aquí. Hemos visto con nuestros propios ojos á algunos de esos butam cogidos en razias por el mismo estilo de la que ya he descrito. El otro día encontré uno que tenía la cara medio quemada.

Entre los ocho que quedaron en Vaikiri, seis lograron escapar y volvieron á su pueblo arruinado. Poco después se dejaron seducir por las engañosas promesas de sus antiguos amos, y fueron cogidos, asados y comidos.

En cuanto á los otros dos, vivieron todavía algunas semanas. Turangua los vió un día en Malagunán, donde habían acompañado á su jefe. Por los mismos, supo que proyectaban escaparse, pero fueron asados antes de que pudieran llevar á efecto su designio.



AFRICA ORIENTAL.—Montaña de Buiti: árbol invadido por las lianas. (Pág. 460)

Respecto á Turangua, fué abandonado á un tal To Liligan. Como éste murió, su hermano Vuvum lo heredó, y á éste lo hemos comprado nosotros.

Poco antes de ingresar en el orfelinato supo que su tío To Puruai había sido comido en el pueblo de Viviron, ignora por qué causa y en qué circunstancias. También ignora lo que ha sido de sus hermanos y demás parientes que lograron escapar cuando fué cercada la población.

Ahora bien, ¿no es digno de interés este pobre muchacho? Los que amáis, ¿no sentís que el corazón se os oprime al leer estas líneas? Os embarga la indignación y os decís sin duda: «¡Qué dolor el mío si viese con mis propios ojos á mis padres sacrificados sin piedad; si viese á esos hombres sanguinarios y feroces devorar sus miembros esparcidos!» Y si tuvierais que hacer á otros el relato de estas escenas conmovedoras, no lo haríais por cierto sin derramar lágrimas. ¿Creeríais que algunos de nuestros huérfanos nos refieren sin emoción las crueldades más repugnantes verificadas en las personas de sus parientes cercanos, sin comprender siquiera el interés que nos tomamos en el relato de tantas desdichas?... ¡Ay! es que no se tienen afecto unos á otros. El egoísmo y la avaricia en grados diversos, tal es el fondo de sus naturalezas. No obstante, al cabo de algunos meses de una buena instrucción religiosa, esta naturaleza viciada va mejorando y esos pobres muchachos pueden recibir el bautismo y ser admitidos á la recepción de los Sacramentos. Sin embargo, distan mucho de ser perfectos. Pero ¿puede exigirse la perfección á quienes desde su más tierna infancia lejos de haberse formado con ejemplos de virtud, sólo han presenciado los vicios de sus abuelos?

Entre los primeros que recibimos, la mayor parte nos han satisfecho; ven que les queremos bien, y saben perfectamente que no buscamos nuestros propios intereses. Nuestra influencia sobre los indígenas se extiende de día en día, gracias á nuestros dos orfelinatos.

A contar con más recursos, podríamos amparar á centenares y millares de muchachos. Sin embargo, no nos desanimamos; nuestro venerado Vicario apostólico espera que pronto nos llegarán tres compañeros, á los que confiamos seguirán otros.



Contra los merodeadores
Ofrenda de vino de palma

Chozo de Mzimu (sombra
de antepasado)

Para cerrar un paso
Ofrenda de granos de maíz

AFRICA ORIENTAL.—Fetiques de digos de Daluni. (Pág. 161)

EN EL KILIMA-NDJARO

(ÁFRICA ORIENTAL)

POR EL P. ALEJANDRO LE ROY, MISIONERO APOSTÓLICO

VII.—En Vanga

¿De quién es Vanga? —La ciudad y su gente.—El secreto de un hechicero.—En huelga

DESPUÉS de cuatro horas de camino por lagunas desoladas, terrenos pantanosos y bosques, llegamos á Vanga (1), ciudad pequeña del antiguo país Vumba, todavía representado aquí por un viejo jefe

(1) El barón Von der Decken, que era alemán, fué el primero que escribió *Wanga* (con W), teniendo esta letra en alemán el valor de la V española, y la simple V el de F. Pero después de é

impotente, un *diuani*, llamado Mohamet, originario de Djeddah (Arabia), y que pretende ser soberano de toda la población del litoral hasta Pangani, por más que digan el sultán de Zanzíbar, los alemanes y los ingleses.

¿A quién pertenece, pues, Vanga? Al repartirse el país Inglaterra y Alemania, suscitóse entre ellas una interesante cuestión. En el mapa aparecía Vanga al Sur del río Umba, en las posesiones alemanas, mientras según la naturaleza estaba al Norte, en la zona inglesa. Lo que el primer viajero, autor del primer mapa, había tomado por la embocadura del río-límite, no era en realidad otra cosa que una laguna.

Después de varias discusiones, decidióse que el río Umba, que desemboca en el mar á quince minutos de la ciudad, sería el límite entre las dos esferas de influencia.

Vanga, pertenece, pues, á Inglaterra ó á su «protegido» el sultán de Zanzíbar, á quien representa un gobernador, viejo soldado belutchi, poco letrado, toda vez que no sabe leer; pero al parecer recto y honrado.

Edificada en un terreno algo más elevado que las lagunas que la rodean, en la época de las grandes mareas está por todas partes rodeada de agua, y ciertamente la vida en ella ofrece pocos encantos. Cuenta en la actualidad dos ó tres mil habitantes, árabes suahilis, negros libres y especialmente esclavos, y además un banyan encargado de la aduana y algunos indios dedicados al comercio. Frecuentan el puerto pequeñas embarcaciones indígenas, y hace pocos años se rodeó la ciudad de un muro de piedra para ponerla al abrigo de los ataques del famoso Mbaruku, terror de todas estas comarcas.

Acampamos á la sombra de los cocoteros, en un sitio seco y fresco, donde la brisa del mar viene á acariciarnos suavemente.

No obstante su peligroso puerto y su insalubridad, Vanga tiene su importancia relativa, pues además de ser el límite de las posesiones inglesas, es entre Mombaza y Tanga el punto más frecuentado de la costa por las embarcaciones indígenas, los comerciantes del país y las poblaciones del interior: digos, seguedyus, pares, taitas y kambas acuden con sus productos, sus necesidades, su traje y su original fisonomía.

Nuestra llegada causa cierta emoción en la plaza, y pronto nos rodea una multitud de curiosos, entre los cuales distinguimos desde luego un tipo eminentemente salvaje, y á pesar de todo de simpático aspecto, originario del país Kamba, por la parte del Norte á lo lejos, en el interior, y de profesión hechicero. Su traje es un verdadero almacén de trapos, pieles, cuernos, garras, mariscos, pedazos de madera y curiosidades etnográficas

todos los cartógrafos franceses é ingleses escriben invariablemente *Wanga*, y aun todos los ingleses residentes en el país pronuncian *Uanga*, juzgando quizá que los indígenas no conocen tan bien el nombre de su propio país como los autores de los mapas. Estos errores, por lo demás, son innumerables; pero lo singular es que los sabios no quieran admitir observaciones por fundadas que sean.

cas de toda especie. Desde su más tierna infancia recorre el mundo africano, y puede citaros todos los pueblos y campamentos que se encuentran escalonados desde Kenya al Kilima-Ndjaró, y desde Vanga á Kavi-rondo.

Mientras reflexiono si nos conviene tomarlo por guía, me llama aparte, y dícame con voz melosa:

—Oye; veo que eres amigo mío, y yo lo soy tuyo. Tú eres hechicero entre los blancos, y yo lo soy entre los negros: conviene, pues, que nos ayudemos mutuamente.

—¡Ayudémonos, pues!

—Con frecuencia me piden medicinas para éste ó aquél. ¿Comprendes?

—Sí, para curarlo.

—Al contrario, para matarlo.

—¡Ah!

—Sí, y yo estaría muy satisfecho y te quedaría muy reconocido si recibiese de tu mano la medicina que mata sin estrépito, sin dejar vestigios y sin responsabilidad.

A esta petición extravagante no puedo menos de manifestarle mi asombro é indignación, y empiezo á dar á mi «cofrade» una leccioncita de moral; pero á las primeras de cambio me deja que predique en desierto.

Nada he dicho aún del comportamiento de nuestra caravana, y no porque los negros que reclutamos en Mombaza dejen transcurrir los días sin incidentes. Desde los primeros pasos un estúpido nacido en Maka, los españoles dicen la Meca, declara no poder con su carga, y hay que despedirlo. Más adelante un esclavo, que se alistó sin autorización, es reclamado por su dueño, y se lo lleva. Aquí un bagajero, lleno de deudas, encuentra por el camino á su acreedor, á quien es forzoso entregarlo. Todos los días una conversación amistosa degenera en disputa que á su vez termina en pugilato. Con frecuencia en los poblados alguno se embriaga, promoviendo escándalos, ordinariamente acompañado de insultos y aplastamientos de narices. Por último, en los caminos sostienen conversaciones á las que es preciso poner término con energía, por ser tales que ruborizarían á los monos y aun á los periodistas.

Y como si fuese esto poco, toda esa infecta cohorte musulmana de Mombaza (nuestros hombres de Bagamoyo son relativamente buenos chicos), se ha propuesto esta última noche fastidiarnos preparando una huelga, pues es de saber que en Africa son ya de uso corriente las huelgas. La civilización se abre paso... Así, pues, esta mañana, cuando distribuiré el *posho*, valor del alimento de cada día, el primero llamado, que es constantemente Hamisi el Tuerto, deberá rehusarlo y exigir el doble. Estoy al corriente de la conspiración por algunas palabras sueltas que he oído, y por las revelaciones de un testigo, miembro de mi policía secreta.

Llega el momento de pasar lista.

—¡Hamisi el Tuerto!

—Presente.

—Aquí tienes tus *pessas*.

Hamisi, que ha bebido algo más de lo regular á fin de tener mayor ardimiento, toma el dinero con aire

desdenoso, y echándolo á través de los cocoteros exclama:

—¿No más que esto? ¡Pues entonces puedes buscar bagajeros donde te plazca!

Sucede á estas palabras un profundo silencio, de suerte que pudiérase oír el vuelo de una mosca. Comprendiendo la gravedad del caso, inmediatamente llevamos á Hamisi á la presencia del venerable gobernador, seguidos de los demás bagajeros que gritan: «¡Vamos todos! ¡Vamos todos!» y antes de que haya expuesto mis quejas, á un gesto del anciano belutchi todos sus soldados toman presurosos las armas y á los tres minutos están presos todos los rebeldes. ¡Ah! ¡lectores de Europa, si en vuestro país experimentáis retardo en la administración de justicia, os recomiendo el gobernador de Vanga!

En nuestro caso, por desdicha, los más perjudicados somos nosotros, porque si perdemos á nuestros bagajeros, ¿cómo reemplazarlos, aquí donde no se encuentra uno por un ojo de la cara?

Así procuramos volverles á la senda del deber con amistosas observaciones; dejamos únicamente encarcelado á Hamisi el resto del día, y á la mañana siguiente nos despedimos del excelente gobernador y de su peligrada ciudad.

VIII.—Las primeras montañas

Curso del Umba.—Otro aspecto del país.—Buiti.—Segedyus y taitas.—Paso de la montaña.—La sábana africana.—En Daluni.—Un entierro solemne.

A dos kilómetros escasos de Vanga corre el río Umba, profundamente encajonado entre ambas orillas por el considerable depósito de arena y limo que en ellas continuamente deposita. En este momento lleva poca agua; mas en la estación de las lluvias fertiliza considerables terrenos, esmeradamente cultivados. Creíamos que, desde Vanga á Paré, podríamos remontar este río inexplorado, lo que tendría la ventaja de procurarnos todos los días agua y víveres, sin hacer mucho rodeo. Pero, no hay que fiar mucho de las intuiciones geográficas, de los mapas y de la ciencia. Aquí se nos informa que, más allá de la aldea de Gondja, habitada por digos, las dos orillas del Umba están completamente desiertas, pues los massaias robaban indefectiblemente á cuantos intentaban allí establecerse.

En su virtud nos dirigimos hacia al Sudoeste, hasta llegar á la base de las montañas del país Sambara, que debemos flanquear hasta Paré.

Como nuestra caravana anda lentamente, tardamos tres días en llegar á sus primeras estribaciones, en Buiti. Hasta allí, por Duga y Mikunde, atravesamos un país generalmente seco, y poco fértil, por el que corren escasos riachuelos de agua más ó menos salobre, y donde se levantan algunas colinas y se extienden las grandes soledades cubiertas de árboles que crecen penosamente en una tierra roja. Abundan las malezas, los espinos, las acacias, los euforbios, las ampelideas, adornadas á veces con bellas cycas (1). En los valles, tan

pronto como hay agua, surgen los grandes árboles, las lianas y los datileros silvestres (1).

No dejamos de encontrar algunos pueblos donde pernoctar y procurarnos víveres; pueblos de digos instalados en las alturas, y defendidos con tapias de sólidas tablas de madera. En general, un sicomoro ó un tamarindo cobija á los negros en su descanso y sus conversaciones. En estos países del sol la casa apenas sirve más que para proteger el sueño nocturno, y á esto se debe que sea muy sencilla. ¿Para qué se necesitan las inmuebles casas de piedra cuando se tienen muy pocas cosas que guardar en ella, no se sufren los rigores del invierno y se encuentra uno bien al aire libre?

Después de una penosa jornada á través de un bosque desierto, en el que no hemos visto otros seres vivientes que dos magníficos rebaños de antílopes, que hemos perseguido inútilmente, es para nosotros una verdadera dicha desembocar de improviso en un valle exuberante de verdor, regado por agua potable y cristalina. Recréannos la vista cocoteros, arrozales, flores que abren su cáliz, insectos que zumban y una planta que crece en abundancia y llama la atención: es la lágrima de Job (2), singular gramínea, cuyo producto, de un gris luciente, no lo había visto aún sino ensartado en rosarios ó collares.

Al frente hay una montaña, poblada en su cumbre por taitas, y en la falda por seguedyus: acampamos en una aldea de estos últimos, la de Buiti.

Estos seguedyus son una tribu dispersa, originaria, según se dice, de las riberas del Tana, de donde en otro tiempo les arrojaran los galas, y que han formado pequeñas colonias en distintos puntos de la costa, al Norte de Lamu, al Sur de Gassi y especialmente en los alrededores de Tanga, en donde nos hallamos. Dedicarse generalmente á la agricultura ó al comercio, y casi todos han abrazado el Islamismo, del que toman ó dejan, sin embargo, lo que les gusta. Sus nombres, sus habitaciones, sus trajes y costumbres son muy semejantes á los de los suahilis, y no ofrecen nada de particular. Nos reciben bien, y nos suplican les recomendemos á las Autoridades alemanas de Tanga, que les inspiran saludable temor. Han convertido á Buiti en centro en el que celebran un mercado, al que acuden en ciertos días los indígenas de los alrededores para cambiar sus productos con los de la costa: este es el último punto en que tiene curso la moneda.

Los taitas que han venido á instalarse en estos sitios, para evitar la guerra con sus enemigos, han elegido las escabrosidades del monte para fijar sus nidos, pues apenas son otra cosa las cabañas redondas y miserables que vemos en las alturas. Sus propietarios, sin embargo, viven allí casi felices, salvajes y libres, con algunas cabras, carneros, vacas, habichuelas, maíz y bananas, exentos de impuestos, de prestaciones, de la vigilancia paternal del Estado y de las explosiones de dinamita.

(1) *Encephalartus villosus*.

(1) *Phoenix Senegalensis*.

(2) *Coix lacryma*; L.



EGIPTO.— El Isbekieh, plaza del Cairo. (Pág. 168.)

Por la tarde celebramos consejo.

Daluni, á donde debemos ir mañana, se halla precisamente detrás de esta montaña que se adelanta en la llanura como un contrafuerte del país Sambara. Después de haber deliberado, decidimos seguir el camino recto del monte, en vez del llano, por el que deberíamos hacer un gran rodeo.

El día siguiente temprano nos preparamos para la subida. El sol, tan suave al amanecer en Europa, aquí empieza pronto á molestar con sus rayos, y los bagajeros, que llevan cargas de treinta á treinta y cinco kilos, sudan la gota gorda.

Pero la Providencia es generosa, y en un terreno lleno de verdor hallamos un salto de agua tan pura, fresca y cristalina que en la presente circunstancia no cambiaríamos con igual cantidad del más fino Medoc, fabricado con los procedimientos científicos más perfeccionados.

¡Valor! Henos ya en la meseta. El mismo sendero que nos ha conducido hasta aquí por pendientes más ó menos cubiertas de maleza, pasa ahora á través de una vegetación libre y exuberante de lianas soberbias y árboles rectos como gigantescos mástiles. (*V. pág. 156*). Entre esta vegetación variada, esta sombra, estos paisajes, este césped y estas flores la marcha es un descanso.

Mas nada he dicho aún del panorama que se desarrolla arriba, y que es magnífico en su salvaje grandeza.

En la meseta el suelo es húmedo, el aire fresco y la vegetación soberbia. Desde este punto de observación, que se adelanta como un gigantesco promontorio, dominándolo todo, se tiene detrás, al Sur y al Oeste, las montañas del Sambara, á derecha el umbroso valle de Buiti que hemos pasado, á izquierda el de Daluni, y á lo lejos hasta donde alcanza la vista bajo este cielo sin nubes y sobre este suelo sin vapores, el inmenso bosque de la sábana africana, de un gris uniforme, salpicado de manchas rojas, con algunos picos aislados como para servir de puntos de guía á los elefantes que cruzan estas soledades. Unicamente el río Umba señala con una verdosa línea su silencioso curso, cerca del cual no hay ninguna aldea, ni cultivos, aprovechando las aguas tan sólo los rebaños que desde el fondo de la sábana acuden por la noche á apagar la sed.

En Europa tan considerable extensión de terreno no dejaría de tener algún recuerdo histórico, algún vestigio del pasado: habría tradiciones y leyendas; mas aquí todo es nuevo y todo es perenne. El hombre pasó por estos lugares sin duda; pero su mano no dejó palacios, ni ruinas, ni columnas, ni sepulcros. Apenas un estrecho sendero, que de una estación á otra cambia de lugar ó desaparece, aldeas que se renuevan, campos conquistados al bosque y que el bosque vuelve á cubrir más tarde, tal es el Africa. El hombre pasa por ella como el buque por el Océano, como el ave por el aire. Mas esta manera de entender la vida tiene también su grandeza, y nos recuerda mejor nuestra original miseria.

En el valle de Daluni acampamos en un magnífico bosque de cocoteros. Preténdese que estos árboles necesitan la cercanía del mar para alcanzar todo su desarrollo. Puede ser; pero aquí estamos á tres jornadas de la costa, y estos árboles son soberbios; habiéndolos también á orillas del lago de Tanganika. Parece, pues, que el cocotero, si se planta en un suelo ligero y fresco, puede vivir y prosperar lejos del mar: lo que necesita ante todo es agua y vapor de agua.

Forman la poblacion de este valle una reducida colonia de digos, dispersa en cinco ó seis aldeas, de reputación poco envidiable, aunque merecida, supersticiosa hasta el exceso, inhospitalaria, exigente y ruda. La agricultura, sin embargo, parece aquí floreciente: los cocoteros son bellísimos, y junto á los mismos se admiran extensos campos de cañas de azúcar, de las que los indígenas saben extraer el precioso jugo que entre los civilizados se convierte en azúcar y ron, y entre ellos en jarabe y *pombé*. Más arriba, en los terrenos menos regados, cultivase sorgo, maíz, yuca, patata y diversas especies de judías. Por lo demás, si los campos no producen otras cosas no es por falta de amuletos, pues se

ma en pena. En otros puntos se ve una calabacita llena de vino de palma pendiente de un árbol, y destinada al misterioso guardián de los cocoteros, á fin de que, por malicia, no haga se agote la savia. En los campos vese un pedazo de madera ahorquillada, llena de objetos raros para asustar, no á los pájaros, sino á los merodeadores. Finalmente, á la entrada de un camino que conduce á una plantación, una hoja de cocotero puesta de través sobre dos palos, con mariscos y trozos de madera, significa que quien se atreva á pasar adelante padecerá infaliblemente enfermedades terribles, y le devorarán los cocodrilos ó le morderá una serpiente.

Por casualidad asistimos á la ceremonia de los funerales de un indígena. El vecino que la dirige pidenos fusiles, pólvora y algunos lienzos. En breve pasa el cortejo, con el difunto envuelto en gran cantidad de variadas telas, batiendo los tambores, lanzando con arte y á intervalos las mujeres gritos estridentes; menudean los tiros de fusil, y de esta suerte dirígense hacia la tumba en donde ha de descansar ese pequeño grande



EGIPTO.— Asnos y arrieros del Cairo. (Pág. 168)

los encuentra por todas partes. (V. el grabado de la pág. 157).

Por ejemplo, al pie de un árbol hueco hay una casita destinada al *Mzimú*, á la sombra errante de algún antepasado, á la que ofrecen mazorca de maíz, algunos granos de arroz, una libación de cerveza de sorgo. En una encrucijada se ve una ristra de paja clavada con palillos y conteniendo un puñado de granos para el al-

de la tierra. Nuestros bagajeros, siempre dispuestos á divertirse á costa de los «salvajes», pues se tienen por los únicos civilizados en el mundo, quisieron tomar parte en la ceremonia para hacer alguna de las suyas, pero se lo prohibimos terminantemente.

Al terminarse el acto, mientras que los hombres llenan el sepulcro de tierra y regresan al pueblo, un numeroso grupo de viejas apergaminadas y feas, y de es-

cuálidos hechiceros, reúnen en el cruce de tres caminos, frente del campamento, aunque por fortuna algo lejos, y desde allí nos dan un espectáculo gratuito como nunca lo soñó Shakspeare. Acaban de lavar las ropas del difunto y las propias, y es costumbre que en esta ocasión apenas vistan otra cosa que su piel: suerte que, á la distancia en que se encuentran, su traje apenas ofende la modestia de nadie. Muchas tienen vasijas de tierra, en las cuales dan gritos espantosos. Llegadas á la encrucijada donde debe terminar la ceremonia, la vieja que manda á todas, levanta los brazos hacia las montañas, temblorosas las manos y transformado su escuálido rostro, y da extravagantes gritos, á los que responden las mujeres que la acompañan.

En términos variados y á veces injuriosos y cómicos, de los que ellas mismas se ríen, conjuran al *Mzimu*, esto es, á la *sombra* del muerto, que no se mueva de donde se halla, al pie de su árbol, y que nunca venga á turbarlas en la existencia en que las ha dejado. Le darán maíz, arroz, trozos de caña de azúcar, y un poco de ese vino de palma que tanto le gustó: que vaya, si quiere, á las montañas, que se divierta en el desierto y que se recree en los baobabs del bosque, pero que en lo sucesivo deje tranquilos á los hombres y las mujeres, y sobre todo á los muchachos de la aldea. Su lugar está tomado.

Estos conjuros duran largo tiempo, y puede advertirse que en este extraño monólogo, entrecortado regularmente con una especie de estribillo variable repetido por el coro de asistentes, se hacen numerosas alusiones y picantes epigramas al difunto jefe, que, sin embargo, «fué buen padre y buen esposo.» Por fin la maestra de ceremonias, reuniendo todas sus fuerzas y lanzando nuevos y más estridentes gritos á los cuales responden inmediatamente las demás con espantosos aullidos, arroja á los cuatro vientos los blancos mariscos de su cesto, rompe todas las vasijas, y la banda se dispersa.

¡Acaba de cumplirse un deber!

VIAJE AL SINAÍ

POR EL R. P. MIGUEL JULLIEN, DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

XV

Sepulcros y flores

En el extremo de la llanura se atraviesa una hoz poco elevada, donde es muy bella la vista de las montañas. Un cono majestuoso, levantándose al Este detrás de las rocas que limitan por este lado el uadi Mokatteb, atrae particularmente las miradas del viajero. Los beduinos le dan el nombre de Djebel-el-Benat (la montaña de las jóvenes). La forma de la montaña, lo mismo que su nombre, recuerda la soberbia Jungfrau de los Alpes berneses.

Desde la hoz se baja por una suave pendiente al uadi Feirán, el mejor y más bello, el rey de los uadis de la península. Empieza al pie mismo del Sinaí, con el nombre de uadi ech-Cheik, describe una curva muy pronunciada al Norte, hacia el oasis de Feirán, lo atraviesa, y desde allí se dirige al mar. Un viajero pudiera, en

rigor, ir sin guía desde Suez al Sinaí siguiendo la costa hasta la embocadura del uadi, y remontando el valle.

En el sitio á que hemos llegado el uadi es ancho y su suelo cubierto de plantas, cuya variedad y novedad encantan por poca afición que se tenga á las flores. Cerca del sendero vemos sepulcros muy antiguos que al parecer remontan á los tiempos bíblicos. Quizá sean de los amalecitas, tantas veces nombrados en los Libros Santos, que disputaron el paso á los hijos de Israel en las gargantas de Rafidim, y desaparecieron en el monte Seir á los golpes de los hijos de Simeón (1).

Nada mejor que estas tumbas se asemeja á los círculos drúidicos de Escocia y Bretaña. Piedras de un metro de altura por lo menos, están derechas en el suelo, una contra otra, formando círculo al rededor de una simple fosa hecha con cuatro piedras planas y cubierta con una gruesa losa al nivel del suelo. Quince tumbas iguales se hallan reunidas en poco espacio. El círculo de una de ellas, que hemos medido, tiene seis metros de diámetro, y una fosa de un metro veinte centímetros de largo, y setenta y cinco centímetros de anchura y profundidad. Los exploradores ingleses las examinaron, y reconocieron por la disposición de las osamentas que el muerto yacía del lado izquierdo y tocando la barba con las rodillas, como se usaba en la más remota antigüedad y practican aún en nuestros días las tribus del Perú. Los mismos sabios encontraron en los alrededores muchos grupos de sepulturas semejantes, en las que recogieron hierros de lanza, puntas de flecha hechas de sílex, un collar de mariscos y un brazaletes de cobre.

En este valle ó sus inmediaciones, y junto á alguna fuente oculta en un torrente, hay que buscar la estación desconocida de Alus, en donde acamparon los hijos de Israel al dirigirse desde Daphca á Rafidim (2). Debemos estar muy cerca de ella. Según los beduinos hay, en efecto, dos ó tres fuentecitas á corta distancia del uadi en los valles secundarios bajando de la montaña; pero sus indicaciones son tan poco precisas, que no queremos dar rodeos para averiguar el hecho.

Admiramos en este valle todas las plantas de la costa y de los primeros uadis inferiores, y muchas otras que las aguas han traído de lejos. Gran número de ellas figurarían dignamente en nuestros jardines de Europa, si pudiese aclimatárselas. Bellos grupos de *Cassia obovata* (Collad) (3), de flores amarillas y brunas; una grande asclepiadea, *Daemia cordata* (R. Br.), de hermosas flores lilas bajo un follaje gris, exudando por todas partes un jugo lechoso por poco que se le frote, y también bellas alcaparras de follaje fresco y luciente, con hermosas flores blancas que rematan en un penacho de estambres púrpura; forman un espléndido adorno en la base de las rocas. Muy distinto de la alcaparra de Provenza, que se come confitada en vinagre, esta *Caparis galeata* (Fresen) es un árbol de gruesas ramas espinosas, ocultas bajo un espeso follaje de hermoso verde. Sus frutos en forma de botella y de dos dedos de grueso, son muy buenos cocidos en agua: no obstante, fueron insignificante recurso para la multitud de los hijos de Israel.

(1) I Paral. iv, 43.

(2) Num. xxxiii, 13.

(3) Una de las especies de sena de laboratorio.

Otras plantas más comunes en este país despiertan recuerdos bíblicos. Por todas partes grupos de *Anabasis articulata* (Forsk) hacen brillar al sol de otoño las escamas de sus frutos, semejantes á lentejuelas de vidrio rojo ó plateado. Se las ve por do quiera haya un poco de tierra. Aunque la planta sea hermafrodita, hay grupos que, por aborto del fruto, sólo presentan ramilletes de estambres amarillos. Cualquiera las tomaría por flores de otra especie. De todas las plantas cuyo jugo se extrae por incineración, el anabasis es la más abundante en los desiertos del Sinaí, de Palestina y Siria, y la que más sosa suministra á las jabonerías de Oriente. Quizá sea esa *hierba de borith* de que habla Jeremías (1): «Aunque te laves con hierba de borith, manchada estás en tu iniquidad delante de mí.» Y también la hierba de que se servían los bataneros para desengrasar la lana en tiempo del profeta Malaquías. El Angel del Señor «es como fuego derretidor y como hierba de bataneros (2).»

Entre la arena crece una inhiesta de flores blancas, tan amarga, que ningún animal quiere comerla, y á la que nuestros beduinos llaman *retam*. Tal es el nombre con que el texto hebreo designa el arbusto sobre el que dormía el profeta Elías en su huída al Sinaí, cuando le tocó el Angel presentándole un pan cocido al rescoldo, figura de la Sagrada Eucaristía, diciéndole: «Levántate y come, porque te queda un largo camino (2).» Los botánicos llaman también á este bello arbusto: *Retama retam* (Forsk). No es sólo un adorno del uadi y un recuerdo bíblico; los beduinos hacen con él cataplasmas frías que dicen tienen extraordinaria eficacia contra el reumatismo.

Otra bonita planta que nunca falta en los desiertos de Oriente, es la coloquintida. Admiramos á menudo sus largas ramas de hojas de vid, que se arrastran por la arena junto al sendero. Sus calabacitas, gruesas como el puño, perfectamente redondas y lisas, de todos los matices verdes imaginables, se ven de lejos con gusto en estos desiertos en los que no se halla fruto alguno. Cuando secas y amarillas, los beduinos las tuestan, y sacan de ellas un carbón muy frío y ligero, lo muelen con un poco de agua, y conservan la pasta para restañar la sangre de las heridas ó frotar los trapos que les sirven de yesca.

Más vistoso aún, pero muy raro, es el cohombro de los Profetas: *Cucumis prophetarum* (L.), así llamado en recuerdo de un milagro de Eliseo (4), con el cual sin embargo nada tiene que ver, puesto que no se encuentra en Palestina. Perfectamente esférico, del tamaño de una ciruela, regularmente erizado de puntas inofensivas, adornado de manchas caprichosas de los más bellos matices verdes y amarillos, y sombreado por ligero follaje, sería una pequeña maravilla de nuestros huertos si pudiese vivir fuera del desierto.

En los lugares abiertos al sol algunas plantas aromáticas cubren el suelo y embalsaman el aire: la *Pyrethrum santolinoides* (D. C.), la *Artemisia judaica* (L.), la *Achillea fragrantissima* (Forsk), y otras.

¿Acaso el sol desarrolla con fuerza particular los aromas de las plantas, ó bien la pureza y la sequedad del aire favorecen la sensibilidad de nuestro órgano? No lo sé; pero casi por todas partes, en los uadis, siéntese perfume de flores.

En cuanto á árboles, no hay otros que el *Acacia seyal* (Del.), aislado á trechos. Es por excelencia el árbol sinaítico, la famosa madera de setim con que el Señor en el Sinaí mandó hacer el arca de la alianza, los altares, las mesas, las perchas y las columnas del Tabernáculo. Setim, en hebreo *chittim*, y en singular *chittah*, tiene su origen en la raíz semítica *chant*, (*chonte* ó *chonti* en la antigua lengua egipcia), de donde procede, por una derivación regular, la voz árabe *sant*, que se usa hoy para designar la acacia seyal y algunas otras especies similares como la *acacia nilotica* de los canales de Egipto.

Su madera es ligera y dura, susceptible de bello pulimento, de color amarillo que pasa al bruno y al negro con el tiempo: los gusanos no la atacan, y difícilmente se corrompe. Wilson encontró en una galería subterránea, no lejos de las minas de Magharah, un pie derecho de esta madera, ciertamente colocado allí tres ó cuatro mil años antes, y que estaba en perfecto estado de conservación. Ningún otro árbol de la península da una madera que pueda comparársela. La del azufaifo silvestre ó *sidr*, la más propia para trabajos de carpintería después de la madera de la acacia, le es muy inferior.

La acacia seyal hállase en la mayor parte de los uadis de la región media de las montañas, á pesar de que nunca la plantan los beduinos ni la cultivan, y que la cortan inexorablemente para vender su excelente carbón vegetal, y que los camellos, sin que les contengan sus agudas espinas blancas, destruyen los brotes y todas las hojas de los árboles que están á su alcance.

Nunca se le encuentra en grupo, pues vive aislado. Hemos visto algunos troncos que por su tamaño nos hacen creer que en tiempo del Exodo pudo Bezeleel hacer de una sola pieza los tableros del arca, de un codo y medio de anchura, ó sea setenta y ocho centímetros (1).

El follaje, muy claro, da poca sombra, de donde procede el proverbio oriental: «De las promesas de los grandes no te fies más que de la sombra de la acacia.»

Las flores son pequeños penachos blanquecinos.

En estío resuda el árbol una especie de excelente goma arábica llamada goma de la península. Los beduinos la recogen con cuidado y comercian con ella en el Cairo. En cada distrito veneran una acacia dedicada al principal santón del lugar: tal es el árbol del santón Abu-Chebib en Feirán.

XVI

El oasis de Feirán

Adelantando hacia el Este, el valle se angosta y tuerce; su aspecto cambia á cada una de sus vueltas: ora es ancho como el lecho de un caudaloso río, ora se encuentra estrechamente encajonado entre rocas á pico.

(1) II, 22.

(2) III, 2.

(3) III Reg. XIX, 4 et seq.

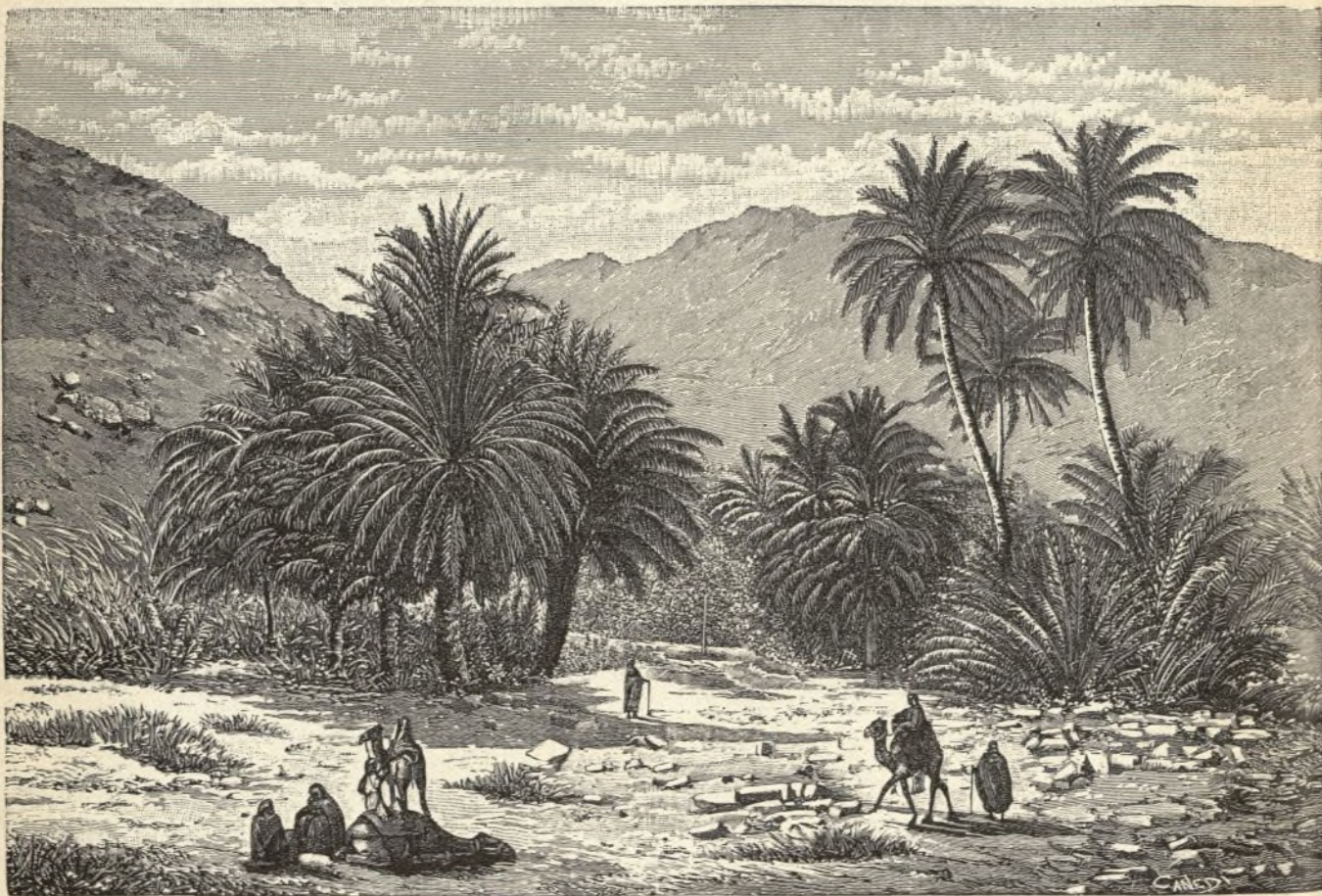
(4) IV Reg. IV, 18 et seq.

(1) Exod. XXXVII.

Lo que no cambia es el majestuoso horror de las montañas, cada vez más altas é imponentes. Sobre las crestas vecinas se levanta como un gigante el soberbio Serbal, de aristas recortadas y atrevidos picos, que á cada paso parecen crecer y multiplicarse. Allí uno se halla en el centro del caos que separa las grandes montañas de las rocas primitivas y las masas de gres formadas con fragmentos. Todos los matices aparecen sin orden en las rocas, separados por líneas oscuras de venas porfíricas, como en una inmensa brecha: todas las formas más extravagantes se ven en los cortes de los picos y barrancos. «He admirado en la naturaleza cuadros tan singulares y vistas quizá más grandiosas, dice Stanley; pero en ninguna parte encontré espectáculo á la vez tan extraño é imponente.»

cillos; pero en este marco de negras rocas, frente del majestuoso Serbal y del anchuroso uadi Adjeleh que da vista á los poderosos contrafuertes de la gran montaña; en esa atmósfera tan transparente, tan pura y llena de luz, el amarillo follaje de los sidr, las azuladas copas de las palmeras y las delicadas ramas de los tamarindos, dando al fondo un tinte ceniciento que se pierde en las rocas, forman un admirable paisaje en el que descansa complacida la vista y se recrea la imaginación con vagas fantasías. Todo esto pasa como un sueño: el valle se oscurece de nuevo, da vueltas y se alarga, pareciendo que va á cerrarse; mas, dirigiéndose al Este, se ensancha en un horizonte enteramente nuevo.

A derecha un espacioso valle, el uadi Aleyat, lleno de grandes rocas y malezas, sube en suave declive has-



ARABIA.— Oasis de Feirán

¿Qué impresión causarían estas montañas á los hijos de Israel, criados á orillas del Nilo, en donde no habían visto cosa más alta é imponente que las pirámides de Menfis? Y ¿cuál no sería su asombro cuando, al doblar el sombrío valle, vieron el fresco verdor de El-Hesweh? Al llegar allí el viajero se cree en el célebre oasis de Feirán, esa perla de la península tan ensalzada, ese lugar de descanso donde, por la primera vez, el agua dulce, la sombra y la frescura no se midan con parsimonia. Los huertecillos de El-Hesweh no son, sin embargo, sino una anticipación de estas delicias, que saboreamos apresurando el paso de las cabalgaduras para llegar más pronto al término deseado.

Poca cosa serían, por lo demás, esos amenos bosque-

ta la inmensa muralla formada por los cortes bruscos del Serbal y sus múltiples picos. A izquierda una montaña cónica se levanta á doscientos veinte metros sobre el nivel del valle: diversas ruínas están escalonadas por su rápida pendiente, y en su cumbre se destaca la silueta de los muros pintorescos de un antiguo santuario. Es el Djebel-el-Tahuneh. Abajo, en el fondo mismo del valle, sobre un peñasco de treinta metros de elevación, se ven las altas paredes de un antiguo convento, semejante á esos fuertes castillos levantados en la Edad Media para guardar los pasos de las montañas.

El oasis (*V. el grabado de esta página*) comienza al pie del antiguo convento ó del peñasco de Maharrad (tal es su nombre), y se extiende al Oriente, en una longitud

de cuatro á cinco kilómetros en el valle sinuoso y estrecho. Inútilmente se buscarían en él una aldea, caminos ó cercados regulares. Todo se reduce á grupos de tres, cuatro ó diez palmeras, entre las cuales se ocultan algunas miserables chocillas, y huertos rodeados de espinos, donde pobres beduínos cultivan tabaco y otras plantas. El silencio reina en estos lugares, como en tiempo de los monjes que los habitaron. No se oye en el oasis más que el canto de algunas aves, el suave murmullo de un riachuelo y las tímidas vocesitas de algunos muchachos reunidos para contemplar á los viajeros.

Los habitantes no llegan á un centenar, y viven de miserables rebaños de cabras y carneros, de los dátiles y del maná que recogen en primavera de los tamarindos del valle. Más numerosos que los habitantes son los pequeños cercados que dividen el suelo y rodean los árboles. Parece que los monjes del convento de Santa Catalina, antiguos propietarios de todo el oasis, no pudiendo defender sus productos contra las rapiñas de los beduínos, y fatigados con sus continuas depredaciones, resolvieron atraérselos con beneficios, y les distribuyeron gran número de parcelas y palmeras. Hoy, según nos dicen, la mayor parte de los hombres de las tribus vecinas gustan poseer algunas palmeras en Feirán, aunque sólo sea un árbol. En tiempo de la cosecha vienen á recoger sus dátiles, y no les falta uno solo, hasta tal punto los beduínos de nuestros días respetan aquí la propiedad de sus hermanos.

Los dátiles de Feirán son muy estimados: los indígenas los muelen, y hacen con ellos esos salchichoncitos cubiertos con piel de gacela, que en el Cairo se venden como golosinas.

UNA EXPEDICIÓN Á LOS TARAHUMARAS

EL año 1892 fué enviado el P. Aquiles Gerste, de la Compañía de Jesús, por el Gobierno mejicano, á la tribu de los indios tarahumaras, con el encargo de coleccionar algunas antigüedades etnográficas de interés, para la Exposición Colombina de Madrid, y hacer al propio tiempo las observaciones etnográficas que le fuera posible entre aquellos bárbaros.

En una de sus excursiones entre los indios, encontróse el Padre con un venerable anciano, en camino del campo á donde iba á trabajar. Apenas le divisó el buen anciano, corrió hacia el Padre, postróse á sus pies y se los besó, juntamente con el crucifijo que le colgaba del pecho, exclamando con regocijo: «¡Jesuíta, Jesuíta!» nombre que indistintamente dan estas gentes á todo sacerdote. El buen hombre refirió al Padre, con lágrimas en los ojos, que él había alcanzado y conocido á los dos últimos *Padres* que tuvieron consigo hacia fines del último siglo. Se acordaba perfectamente de las reprensiones que, siendo niño, recibía por no saber el Catecismo, y de los obsequios que le hacían cuando lo sabía (1).

(1) Sin duda que estos Padres eran ex-Jesuitas, de los que por espacio de muchos años continuaron trabajando, después de la supresión de la Compañía en 1773, en estas Misiones que les eran tan gratas.

Hállanse todavía en buen estado no pocas iglesias de las construídas en la época de las primitivas Misiones. Los ornamentos de iglesia, candeleros, joyas, etc., fueron escondidos por los naturales en cuevas inaccesibles en el interior de las montañas.

Nuestro viejecito aseguró al Padre que tan pronto como vuelvan los misioneros á establecerse entre ellos, se les devolverán todos estos objetos, que ahora están escondidos. El P. Gerste vió también algunas de las momias de los antiguos Padres: están bien conservadas, aunque marchitas, por supuesto, y arrugadas.

Los tarahumaras han conservado la mayor parte de las costumbres cristianas en que les imbuyeron los Padres. Uno de los rasgos característicos que más honra á la raza india, es su grande horror al robo. No pocas veces dejó el Padre su maleta abierta en la cueva que le servía de morada, con algunos indios de los todavía infieles; y aunque aquélla contenía varios objetos de no escaso atractivo para gente salvaje (esto es, pañuelos de colores chillones, navajas y otros semejantes), nunca echó de menos cosa alguna. Al hablarles el Padre de hacerse cristianos, meneaban la cabeza y protestaban, entre otros reparos, que no deseaban volverse ladrones como los blancos, secuaces de la Religión cristiana. También estos infieles trataron al Padre con el mayor respeto, y le permitieron asistir á sus danzas sagradas, que duraban desde las seis de la tarde hasta las cuatro de la mañana.

Los guías le aseguraron repetidas veces que entre ellos no había ídolos: lo cierto es que él no halló ninguno. El único acto de culto externo de que tuvo noticia, se reduce á que lo primero que hacen los indios por la mañana después de lavarse y pintarse, es volverse de cara al sol y saludarle. El Padre se vió en la imposibilidad de presentar ídolos en su colección. En cambio, y por vía de compensación, tuvo la buena suerte de coleccionar algunas ánforas y cacharros antiguos de gran valor. Tales utensilios parecen de porcelana; y al decir de los indios, ya han perdido el secreto de fabricarlos.

Es cosa fácil distinguir á los indios infieles de los cristianos, por cualquiera de estas dos señas. Si se pregunta á un infiel cómo se llama, contesta: «No tengo nombre.» El indio cristiano dirá inmediatamente su nombre de pila: Pedro, Diego, etc. El otro distintivo está en la expresión del semblante, que entre los cristianos es abierto é inspira confianza; al paso que los infieles se presentan comúnmente con cierto aire de recelo, tienen el ceño duro, y nunca miran á la cara.

El P. Gerste calcula que los cristianos serán unos veinte mil, y poco más los infieles. Por desgracia, los primeros rara vez ven un sacerdote. ¡Ojalá que el Gobierno mejicano, en bien de la humanidad, permita á los Jesuitas establecerse de nuevo en medio de aquellos indios bárbaros, á fin de derramar entre ellos los beneficios de la fe y la civilización!...

Sobre dicho benemérito P. Gerste escribe un periódico:

«Con motivo del Centenario de Colón, que nos ha dado á conocer un ilustre nombre de arqueólogo, ins-

cribimos en nuestro catálogo al P. Aquiles Gerste, que es el P. Fita americano y una verdadera gloria de Méjico. Hay en las citadas solemnidades quien atraviesa por sendas de rosas y quien solamente las cruza de espinas; quien recaba honores y quien sólo adquiere el último de todos, el título de sabio: de éstos es Gerste, á quien las Autoridades de la República, el autor del Catálogo de la Sección, el docto arqueólogo Sr. del Paso y Troncoso, y quien ahora recuerda al explorador Jesuíta, no pueden menos de tributar merecidos elogios.

«Los nombres de Claver, Clavijero, Barace y otros han dejado tan profundos vestigios, que bien puede decirse que la Compañía se fundó para América, y América ha revelado todos sus secretos á la Compañía. En el poco tiempo que tuvo Méjico para preparar su instalación, el P. Gerste, solo y sin tener quien le ayudase, eligió como explorador las menos conocidas regiones del Norte, y «haldas en cinta,» como dice el señor Paso, cruzó desiertos, visitó las famosas ruinas de Casas Grandes, practicó allí excavaciones que dieron abundante material prehistórico, y penetró, finalmente, por las fragosidades de la Sierra Madre para llegar hasta las grutas donde los tarahumaras gentiles, modernos trogloditas, habitan todavía, y recoger, en medio de ellos, esa interesante colección que con orgullo mostramos en nuestra Sección, como fruto de los afines de aquel excelente Padre, tan querido de los mejicanos todos.

«Llegado á Casas Grandes, investigó las antigüedades de aquella región, comparándolas con las propias de los Estados Unidos. Para el sabio Jesuíta, los objetos que en la Exposición Colombina hemos admirado, son producto de una nación prehistórica del Nuevo Mundo, observándose que los mejicanos son más perfectos que los similares de los Estados Unidos. Los terraplenes donde se hallan los aludidos objetos llevan en Méjico el nombre de *motezumás*. Según el P. Gerste, el gobernador del Estado de Chihuahua merece bien de la ciencia y de la historia, porque viendo que el Padre trabajaba solo y como un negro para que su país estuviese en Madrid, y después en Chicago, representado brillantemente, le ofreció todo el apoyo que su posición oficial le permitía.

«Y á esto debe añadirse que cuando se tienen crónistas como el Sr. Paso y Troncoso, y colegas en estudios y trabajos como el Sr. Plancarte, se trabaja con gusto y con los mejores resultados para la arqueología y para la historia.

«La arqueología ha entrado, después del período del Renacimiento *griego y latino* y del *oriental* que le siguió, en el que podríamos llamar *americano*, y ¡cuántos secretos nos ha revelado en el escaso tiempo dedicado hasta ahora á su cultivo y siendo tan pocos en Europa, y aun en el Nuevo Continente, los que á tal estudio se consagran! Dejando aparte las inútiles cuestiones sobre el origen de los americanos, que Paw resolvía de un modo, Manases Ben Israel de otro, y cada cual á su capricho, del conocimiento de usos, costumbres, ceremonias y artísticos monumentos se quiere deducir hoy la historia anterior á las colonizaciones de los españoles, y los resultados nos prueban que estamos en el buen camino.

«Ya hoy no se destruyen los monumentos de la gentilidad más que en las almas, que es donde únicamente

y en verdad pueden destruirse; pero en desagravio de los antiguos historiadores y misioneros, conviene decir que, si algo sabíamos, aun de las religiones americanas, antes del actual Renacimiento arqueológico, se debe á esos mismos misioneros, que no siempre fueron *iconoclastas*. A fe que sólo acudiendo á Sahagún, Clavijero y otros podemos explicar ciertos pormenores de las antigüedades de Méjico; únicamente en Brasseur de Bourbourg estudiamos ciertos datos de la América Central, y así en otras regiones.

«Y ascendiendo más en la historia, Eusebio y San Agustín nos han enseñado sobre ciertas divinidades de los idólatras, lo que sin ellos no sabríamos; es decir, sin las cristianas plumas de tales autores. No hemos visto citado en publicaciones europeas el nombre del P. Aquiles Gerste; pero tales cosas sabemos de sus trabajos, que le reputamos uno de los más dignos de figurar en nuestra galería de *Celebridades católicas* del presente siglo. Es inagotable la fecundidad de la Compañía de Jesús, y sus brotes en el siglo XIX son tan numerosos como pujantes.»

CRÓNICA

Montenegro.—Gracias al celo y constancia del arzobispo de Antivari, Rmo. P. Fr. Simón Milinovick, Su Santidad ha concedido que los católicos latinos de su arzobispado puedan usar en la sagrada liturgia el mismo dialecto eslavo usado por los Santos Cirilo y Metodio. Muchas y gravísimas fueron las dificultades que hubo de superar el Ilmo. Milinovick para llegar á ver realizada una empresa tan beneficiosa para el Catolicismo. Dios al fin ha coronado sus esfuerzos y le ha concedido ver reimpresso en la Tipografía Vaticana el nuevo Misal, cuya corrección estuvo á cargo del M. Rdo. P. Fr. Eusebio Fermendzín, analista de la Orden Franciscana. Su Santidad ha entregado oficialmente al Príncipe de Montenegro un ejemplar lujoso del nuevo Misal, por medio del mismo Ilmo. Milinovick, á quien el Príncipe quiso recibir dispensándole los honores de un Embajador extraordinario de Su Santidad.

Este mismo príncipe Nicolás, soberano de Montenegro, aunque cismático quiso asociarse á las fiestas jubilares de León XIII, y confió al sobredicho Prelado el encargo de ofrecer al Padre Santo sus más respetuosas felicitaciones. No contento con esto, ordenó á las Autoridades civiles y militares que tomasen parte en la fiesta religiosa que había ordenado antes de partir para Roma. El día 19 de Febrero de 1893 las tropas formaron en la plaza de la iglesia de Antivari, é hicieron las salvas de artillería acostumbradas en las fiestas más solemnes.

El Ilmo. Milinovick, franciscano, cuyo retrato damos en la página 145, nació en Luveh (Dalmacia) el 24 de Febrero de 1835, y fué nombrado arzobispo de Antivari el 8 de Octubre de 1886.

Tierra Santa.—En el Definitorio general del día 1.º de Febrero último fué elegido é instituido Custodio de Tierra Santa el M. Rdo. P. Aurelio de Buja, observante de la Provincia de Venecia, el cual desempeñaba el cargo de Provicario general del vicariato apostólico de Alejandría de Egipto. Esta elección fué confirmada en conformidad de lo dispuesto por las Constituciones apostólicas, por la Sagrada Congregación de *Propaganda Fide*, el día 15 del mismo mes.

China.—Los reverendos Padres Jesuítas de Shang-Hai invitaron hace poco tiempo á todas las Autoridades chinas del lugar á un banquete con motivo de la inauguración del Observatorio astronómico que han establecido en Zi-ka-wei.

Trataban al mismo tiempo de mostrar á los chinos el órgano instalado en su hermoso templo de Shang-Hai y fabricado por

uno de los Hermanos coadjutores. La tubería de este precioso órgano está hecha de bambú, en vez de metal como de ordinario. Sus sonidos tienen una dulzura incomparable; en Europa aun no se ha visto cosa parecida, tal es la melodía de este instrumento y lo agradable que es al oído. Tiene un no sé qué de angélico y sobrehumano.

—Ha ocurrido un violento terremoto en la región tibetana de Kada, en una extensión de nueve mil millas cuadradas.

Han perecido á consecuencia de esta catástrofe 74 lamas y 137 entre chinos y tibetanos. Hay además innumerables heridos.

La gran boncería del Dalai Lama en Huelzuan, que data del siglo XVII, fué completamente destruída por las sacudidas. De entre sus ruínas se retiraron los 9 bodhdlosas de oro puro, presente del emperador Yung-Ching, y un centenar de imágenes de bronce.

Tung-king.—Desde Ke-Sat escribe el P. Bonifacio García, O. P., al Padre Provincial:

«Al presente en nuestros vicariatos se disfruta de bastante paz con respecto á latro-guerreros; pero no deja de haber historias desagradables bajo otros puntos de vista. El diablo trabaja para enredarlo al ver las muchas conversiones, y se sirve de sus satélites para impedir que los que están sentados en las tinieblas del error abran los ojos á la luz de la verdad; pero con ayuda de Dios todo irá pasando, y calumnias y persecuciones servirán para purificar más y más á sus elegidos. Va ya para cinco meses que estoy rodeado de agua por todas partes, efecto de la inundación terrible de este año. No se puede ir á ninguna parte si no es en embarcación, y cuando el agua estaba alta, hasta la comida tenían que traer en barco. Dios Nuestro Señor castiga á este desgraciado reino por sus crueldades con los confesores de la fe. Los cristianos, menos mal. Están resignados, tienen un apoyo en el misionero, y pasan esta miserable vida contentos y sumisos á la voluntad de Dios. Hubiera querido hacer una larga relación; pero lo fui dejando hasta ver en qué paraba el movimiento hacia la Religión que se notaba en este partido; mas con esta gran inundación no es posible ir de una parte á otra para predicar, y con lo que ha sucedido y V. R. ya sabe, dicho movimiento se paralizó bastante. ¡Qué se ha de hacer! Paciencia y orar mucho á Dios, que abra los ojos del alma y mude el corazón de ese desgraciado, que tanto daño está haciendo y ha hecho á la causa de la Religión en la Provincia ó Residencia que él tiene á su cargo. Afortunadamente, es muy distinto el proceder de las Autoridades en otras provincias. Aquí, sin embargo, todavía el día del Rosario bauticé 19 infieles; el día de Todos Santos, 66; y Dios mediante por Navidad bautizaré unos 100. Hay más aún al rededor de este partido; pero esos no los cuento.

«Un día de estos tengo que bajar á la vicaría para dar ejercicios á una tanda de sacerdotes indígenas. Con las clases, partido y otras cosas no falta en qué emplear el tiempo.»

— Los soldados del 4.º cuerpo de ejército francés en el Tung-king, han reunido la cantidad de dos mil francos, que fueron remitidos al misionero P. Girod, para la construcción de la nueva iglesia de San Miguel, en Yen-Bai. El donativo iba acompañado de una carta del Comandante general elogiando el valor cristiano, el celo y la inteligencia del misionero católico.

Estados Unidos—Escriben del Colegio Máximo de Voodstock, Maryland:

«El día 19 del presente (Febrero), nos cupo la dicha de ver entre nosotros al Ilmo. Sr. Satolli, delegado apostólico en los Estados Unidos, acompañado de su secretario el Rdo. Héctor Papi. Vino S. Ilma. á presenciar nuestra disputa teológica mensual, la cual tuvo lugar á las diez de la mañana en la espaciosa biblioteca del Colegio.

«Toda la Comunidad estaba allí reunida cuando entraron los ilustres huéspedes. El Rdo. P. Luis Sabetti, S. J., prefecto de estudios, les dió la bienvenida en frases tan cordiales como elegantes. Acto continuo se entabló la disputa teológica acerca de la gracia y de los Sacramentos, mostrándose tanto los objetantes como los defendientes dignos de que se los escogiera para medir las armas ante tan noble adalid en el palenque teológico como

Mons. Satolli. Varias veces hizo él mismo uso de la palabra para esforzar las dificultades propuestas y proponer no pocas nuevas, las que resolvieron los defendientes con grande acierto y brillantez.

«Al acabarse la disputa, que duró dos horas, el señor Delegado apostólico, sumamente complacido, felicitó á los combatientes en frases muy halagüeñas, y luego nos animó á todos á que siguiéramos constantes el ejemplo de aquellos grandes campeones de la Compañía de Jesús, que con su ciencia y pasmosa erudición han sido en todo tiempo y lugar los acérrimos defensores de los derechos de Dios, de la Iglesia y de la sociedad.

«Huelga decir que tan cortés visita ha aumentado en nuestros corazones los sentimientos de aprecio, respeto y cariño que ya nos inspirara el ilustrísimo señor Delegado apostólico...»

Filipinas.—Son verdaderamente horribles los pormenores que trae la prensa filipina acerca del asalto y saqueo del pueblo de Lepanto por los moros de Mindanao.

En número de 400, bien armados muchos de ellos y capitaneados por el datto Ali, hijo de Nuó, asaltaron á Lepanto, robaron y saquearon cuanto encontraron en el pueblo, profanaron la iglesia, haciendo añicos el Crucifijo del altar mayor, y quemaron éste, llevándose prisioneros á Mamalagao al capitán, al teniente de cuadrilleros y á 12 individuos más.

En la conducción de éstos, y al llegar á Menliquitan, asesinaron al capitán y al teniente y á tres mujeres, porque rendidos de cansancio se negaban á seguirles.

Tan pronto como el gobernadorcillo de Valencia conoció lo ocurrido, el reverendo Padre misionero de Nueva Sevilla y el alférez del tercio de policía de Bugcaon reunieron en somatén á toda la gente disponible, y exhortándoles y animándoles con el ejemplo, salieron al frente de unos 400 cristianos nuevos en busca de los enemigos.

No contaban éstos que los valientes cuadrilleros y los no menos esforzados cristianos monteses, secundando las acertadas disposiciones del Padre misionero y del alférez del tercio, se encaminaran en su persecución, como así lo verificaron, dirigiéndose á los puentes de Culamán.

Cuando menos lo esperaban, los moros se vieron atacados con tal coraje que, atemorizados á poco de empezar la lucha, huyeron á la desbandada, dejando en el campo 2 muertos y 22 prisioneros, entre ellos los dattos llamados Amay Lambuag y su hijo, y Mancuyugan y el suyo.

Por parte de los cristianos no hubo más bajas que un herido, el teniente de cuadrilleros de Calasungay, que, por efecto del capacete que llevaba, se libró de la muerte que le hubiera producido el terrible campilanazo de uno de los dattos, que después fué muerto; campilanazo que le dividió en dos partes el dicho capacete.

A su regreso en Linabo, los expedicionarios fueron recibidos con muestras de alegría y entusiasmo profundos al ver las gentes que llevaban prisioneros á los asesinos de Lepanto y rescatados varios cautivos.

Noticias varias.—Las Casas españolas de Padres Franciscanos, incluyendo en ellas las Misiones de Tierra Santa, Marruecos y Filipinas, pero sin contar el personal de donados y jóvenes de las Escuelas Seráficas, ofrecen un total de 1,464 Religiosos, distribuidos en la forma siguiente: Madrid, Roma, Colegio de Santiago, Convento de Vistahermosa, idem de Louro, idem de Lugo, idem de Herbón; Colegio de Chipiona; Misioneros en Marruecos, idem españoles en Tierra Santa, idem, id., en América; Colegio de la Aguilera; Misión de Guanabacoa; Religiosos en Filipinas, Colegio de Pastrana, idem de Consuegra, idem de Arenas de San Pedro, idem de Puebla de Moltalván, idem de Almagro, idem de Belmonte; Convento de Loreto, idem de Lucena, idem de Morón, Residencia de Sevilla, idem de Cádiz; Convento de Cehegín, idem de Orihuela, idem de Santa Catalina de Murcia, idem de Jumilla; Convento de Zaráuz, idem de Aránzazu, idem de Olite, idem de Forúa, idem de Caspe; Convento de Sancti Spiritus, idem de Cocentaina, idem de Onteniente, Colegio de Benisa, Convento de Beniganim, idem de Biar, idem de Agres, idem de Pego; Convento de Vich, idem de Balaguer, idem de Villarreal. Total: 43 conventos.

—En Londres, el *tatuage* ó picado ha sido puesto en boga por el Duque de York, primogénito del Príncipe de Gales y futuro rey de Inglaterra. El *tatuage* de S. A. consiste en unas banderas inglesas, entrelazadas y dibujadas en el antebrazo. La epidermis del Duque de York ha sido *ilustrada* por el profesor Williams, especialista en esta clase de trabajos, por los cuales no cobra menos de 50 libras esterlinas.

—Acaban de llegar á Kareyna, en el Africa alemana, los Padres Bodaert, Sigiez y Casteyu, sacerdotes de la diócesis de Cambray.

Les acompañan cuatro médicos de raza negra, que se han preparado en el ejercicio del arte de curar en los hospitales ingleses de la isla de Malta.

—El general Vélez, embajador de Colombia en el Vaticano, ha ofrecido á Su Santidad, en nombre de su país, un riquísimo presente. Son tres placas de oro macizo, que se presume sirvieron de coronas á un cacique de antiguos tiempos. Lo más extraño es que recuerdan la forma del pectoral del sumo sacerdote entre los israelitas. Se han encontrado en la *huaca* de Macheta, á dieciséis leguas de Santafé de Bogotá. La placa mayor pesa trescientos gramos. Se cree que son las mejores obras de platería que los *chibchas* legaron á la posteridad. Las placas están guardadas en un estuche de ébano. El Sr. Restrepo, antiguo ministro de Negocios extranjeros de Colombia, ha escrito curiosa y erudita monografía sobre estas antigüedades.

VARIEDADES

DOS PERIÓDICOS CATÓLICOS CHINOS

En el gran Instituto Científico-religioso de los Padres de la Compañía de Jesús en Zi-ka-wei, cerca de Shang-Hai, desde hace tiempo se edita el *Mensajero Chino*, que ya cuenta con tres mil doscientos cuarenta subscriptores; y ahora este mismo Instituto ha principiado á editar un periódico chino católico, que tiene el título de *I-wen-lu*, que quiere decir en castellano: *Cosas que son útiles para que se sepan*.

Este periódico consta de seis páginas en octavo mayor, impreso en papel de color amarillo. Su tipografía es muy buena y más correcta que la de todos los demás periódicos chinos. El número suelto vale seis sapecas, que equivalen á unos cinco céntimos de nuestra moneda. El redactor en jefe es el Rdo. P. Lorenzo Li, de nacionalidad china como indica su nombre.

Al principio el *I-wen-lu* aparecía una vez al mes; pero ha sido tan bien recibido por el público, que ahora ya aparece dos veces á la semana, y se espera que muy pronto podrá salir diariamente.

El programa del *I-wen-lu* consiste en proporcionar á los chinos católicos una lectura buena, y en hacer comprender al Gobierno chino y á sus mandarines el empeño y los esfuerzos verdaderamente humanitarios de los Padres misioneros para el pueblo chino.

El citado periódico publica también noticias políticas, informes comerciales de la prensa extranjera, las Bulas y Encíclicas del Padre Santo, los decretos del Gobierno imperial chino y de sus virreyes y gobernadores, y finalmente, datos muy interesantes y preciosas historias relativas á las Misiones católicas en la China.

Además, el *I-wen-lu* está enriquecido con descripciones y vistas geográficas, y de vez en cuando de mapas, que facilitan á los lectores la inteligencia del texto.

Como se ve, el contenido del *I-wen-lu* es muy variado, y para su valor literario es una garantía la suma ilustración de los Padres de la Compañía de Jesús.

Indudablemente será de gran utilidad este nuevo periódico católico de la China, al que deseamos un próspero porvenir.

A TRAVÉS DEL EGIPTO

En la página 160 damos la vista de una plaza del Cairo. Las populosas ciudades de Egipto se van transformando cada día más, y sus barrios nuevos toman un aspecto absolutamente europeo, debido especialmente al considerable número de inmigrantes. Muchos levantinos, esto es, cristianos de Asia, súbditos del Sultán, han ido á buscar á Egipto un campo más productivo para su actividad comercial é industrial. No pocos se han establecido, introduciendo en las ciudades todos los ritos cristianos. Los griegos unidos y los armenios católicos tienen un Obispo en el Cairo; los maronitas cuentan varias iglesias, y también los sirios su capilla. Entre los cismáticos, están en mayoría los griegos de Siria y de las islas. Las colonias europeas, cada vez más numerosas y ricas, han modificado profundamente el aspecto y los usos sociales de Alejandría y el Cairo: forman un total de 90,000 europeos, entre los cuales 37,000 griegos, 19,000 italianos, 16,000 franceses, 8,000 austro-húngaros y 6,000 ingleses.

Del Rdo. P. Jullien tomamos esta página interesante, que servirá de comentario explicativo á nuestro grabado de la pág. 161:

El asno del Cairo nada tiene de humilde en su aspecto; antes bien parece orgulloso de su hermosa silla, cubierta á veces con un tapiz de terciopelo rojo. Cuando descansa tiene la cabeza alta, y aun piafa como el caballo de raza, mirando con ojo vivo. Así que se le monta marcha al trote, y fácilmente galopa. Es pacífico en extremo y sumamente dócil.

Todas estas cualidades del asno de Egipto le han conquistado universal consideración; así es que el montarlo nada tiene de humillante, y todos se sirven de él: ricos y pobres, sacerdotes y magistrados, oficiales y soldados.

Tales son los resultados del cuidado con que se les cría. Desde el primer año se le juntan las extremidades de las orejas para que estén rectas sobre la cabeza. Siempre le tratan con suavidad, y nunca le ponen excesiva carga ni le castigan sin motivo.

El arriero en ningún caso abandona su jumento, y síguete á pocos pasos. Muchacho de diez á quince años, vestido con una camisa azul, desnudas las piernas, y adornada la cabeza con un turbante blanco con listas de colores vivos, á todo acude; alienta al corcel con una varilla, y le señala los malos pasos. En la ciudad os llevará los paquetes y aun el fusil si sois soldado...

Por una carrera en la ciudad no se le da más que una piastra (veinticinco céntimos), y por la jornada entera tres francos todo lo más. El asno sólo consume cincuenta céntimos de habas secas en verano y de trébol blanco en invierno.